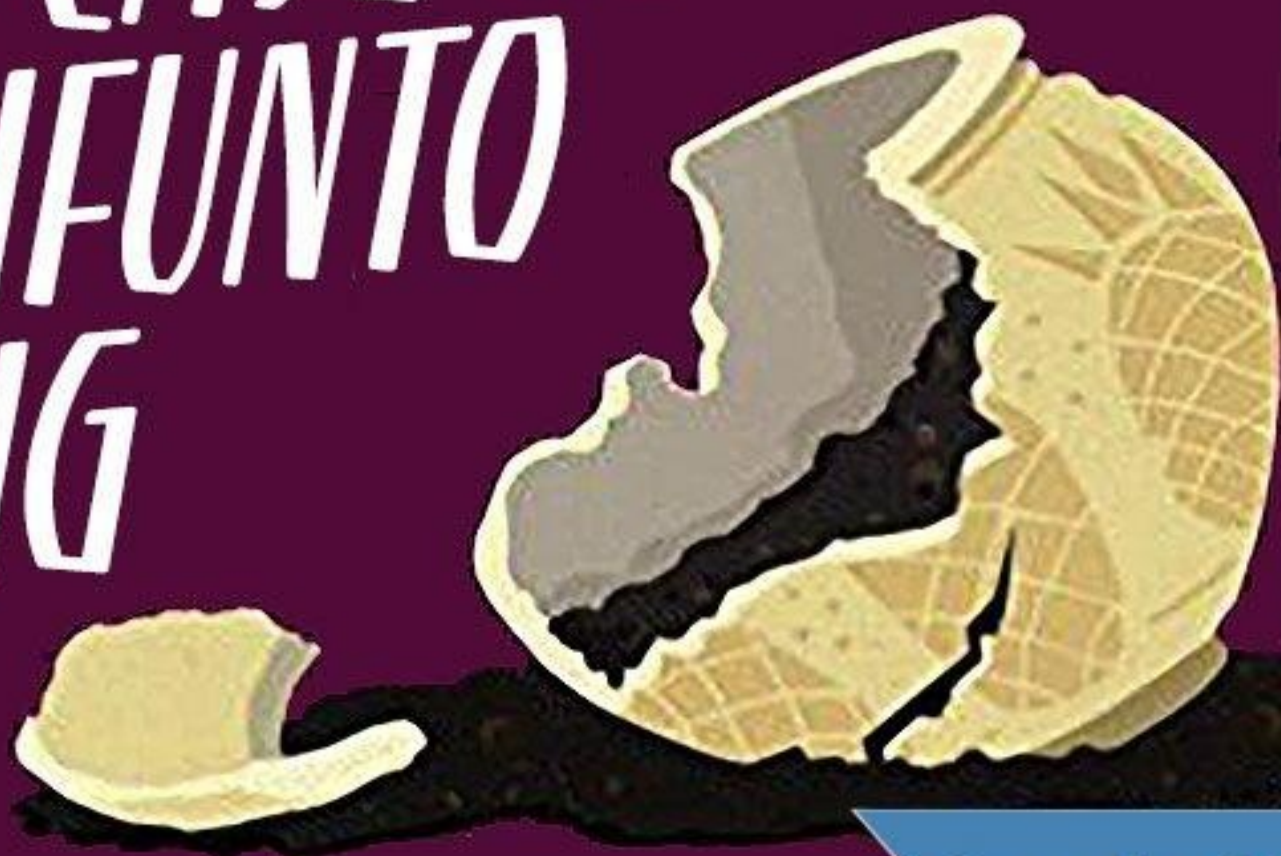


se

MARGERY
ALLINGHAM

el CASO del
DIFUNTO
PIG



Lectulandia

El detective privado Albert Campion es convocado al pueblo de Kepesake para investigar una muerte particularmente desagradable. El cuerpo resulta ser el de Pig Peters, que acaba de ser asesinado cinco meses después de su propio funeral. Pronto empiezan a aparecer otros cadáveres, a la vez que desaparece el cuerpo de Peters. Se necesitan todos los agudos poderes de detección de Campion para desentrañar el crimen.

Tan urbano como Lord Wimsey ... tan ingenioso como Poirot ... Conoce a uno de los Grandes Detectives de la ficción criminal, el Sr. Albert Campion.

Lectulandia

Margery Allingham

El caso del difunto Pig

Albert Campion - 10

ePub r1.0

Titivillus 03.05.2018

Título original: *The Case of the Late Pig*

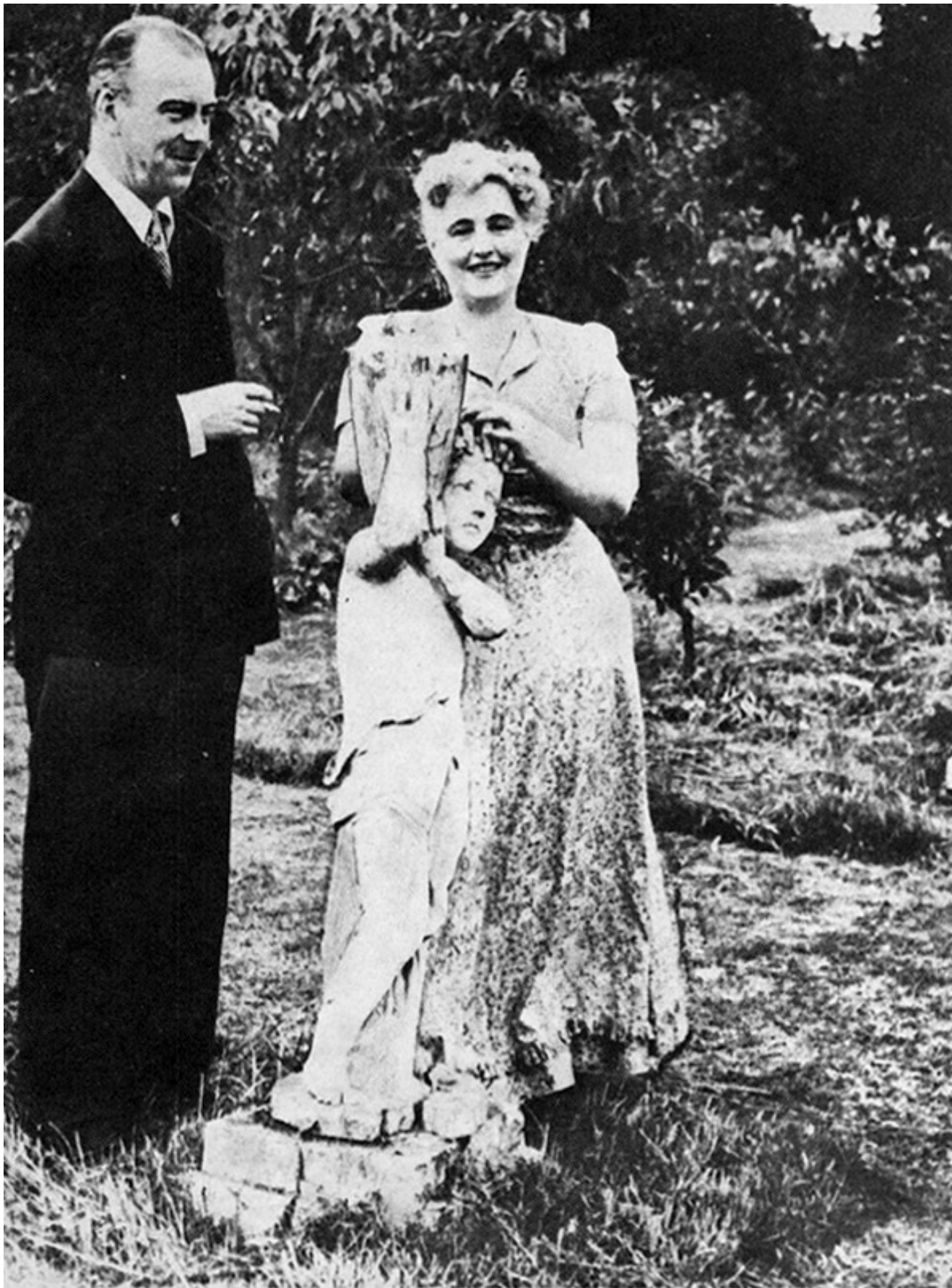
Margery Allingham, 1937

Traducción: Josefina Sainz Pulido

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



MARGERY ALLINGHAM, escritora policiaca inglesa, en el jardín de su casa D'Arcy House, Tolleshunt D'Arcy, Essex, acompañada de su esposo Philip Yougman Carter, editor de una revista londinense

PRÓLOGO^[1]

MARGERY ALLINGHAM

Margery Allingham nació en Londres el año 1904. Era la primogénita de H. J. Allingham, célebre escritor de folletines, cuyas entregas se publicaban en todas las revistas semanales más populares de la época.

Margery, como ella misma dice a quien quiera oírla, tiene en sus venas sangre de escritores, pues, aparte de su padre, en su familia hubo otros miembros que se dedicaron también al noble arte de la literatura. Entre ellos merecen destacarse John Till Allingham, que en el siglo XIX escribió melodramas, representados con buen éxito, y John Allingham, que floreció por los años noventa del pasado siglo, célebre y muy popular escritor de cuentos pedagógicos para niños.

Los padres de Margery eran primos. Desde pequeños habían tenido una gran amistad, que continuó cuando los niños se convirtieron en personas mayores. La afinidad de ideas y de caracteres transformó aquella amistad en amor, y un buen día se casaron.

El abuelo de Margery era propietario de un periódico religioso, y la niña, desde su más tierna infancia, estuvo siempre metida en una atmósfera de tintas y papeles.

Poco después de su nacimiento, sus padres se trasladaron a Laver Breton, un pueblecito de Norman Essex, situado a cinco millas de Tolleshunt d'Arcy, donde en la actualidad vive la escritora.

Cuando cumplió los siete años, su padre empezó a educarla para que fuera una escritora como él. Hizo un estudio sobre sí misma y redactó un argumento para un cuento de hadas.

Bajo la dirección de su padre, la niña escribió una y otra vez ese cuento. Casi un año estuvo escribiendo, rompiendo y volviéndolo a escribir. En el intervalo empezó otro. Para ella era una diversión. Y su padre, viendo que Margery tenía una gran disposición para la literatura, influyó sobre ella para encauzarla hacia un arte que con el tiempo le daría la fama.

Entre los siete y los dieciséis años, escribió su primera novela publicable. Su educación siguió una línea más o menos ortodoxa. Estuvo interna en el Perse Girl's School de Cambridge, dedicando sus vacaciones a sus aficiones de autora.

De una inteligencia excepcional, Margery se hizo estudiante de arte dramático con la ilusión de llegar a ser una buena escritora de comedias y dramas, pero no consiguió triunfar en el teatro.

En el año 1927 contrajo matrimonio con Philip Youngman Carter, artista de su misma edad, al que conocía desde hacía mucho tiempo.

Al año siguiente escribió The Crime at Black Dudley la primera de sus novelas policíacas, en la que presentaba a míster Albert Campion, que luego sería el protagonista de sus más celebrados relatos policíacos.

Campion es un detective que puede ponerse al mismo nivel de Maigret, Poirot, Philo Vance, Perry Mason y tantos otros, célebres entre los amantes de la novela policíaca...

Después de residir varios años en Londres, Margery Allingham y su marido se trasladaron al campo para vivir en una casa estilo reina Ana, que la escritora conocía desde su infancia y siempre había tenido grandes deseos de habitar. Ahora, casada y de regreso a Tolleshunt d'Arcy, podía satisfacer un afán que desde niña la obsesionaba.

La propia Margery dice que “nuestros caballos, nuestros perros, nuestro jardín y las actividades del pueblo ocupan la mayoría de nuestro tiempo”.

La escritora se autodefine diciendo que es “una mujer muy amante de su hogar, con principios democráticos y convicciones muy poco heterodoxas”.

Durante la guerra, dejó de escribir novelas policíacas para dedicarse a lo social. De esta época son sus libros The Oaken Heart y The Dance of the Years, que le proporcionaron grandes éxitos en otras esferas. Pero, una vez acabada la contienda, volvió a resurgir míster Campion, y con él los triunfos más resonantes para la novelista inglesa.

Su nombre, tan popular como el de Agatha Christie, es conocido en las cinco partes del mundo, y sus obras han sido traducidas a todos los idiomas.

Aparte de las novelas, ha escrito muchos cuentos, seriales y revistas de libros. Y cuando le queda tiempo libre, cartas.

Su autor favorito es Don Marquis, norteamericano, y los escritores que más han influido en su vida son Shakespeare, Sterne y Alejandro Dumas.

Uno de los grandes méritos de Margery Allingham es el haber sabido combinar lo policíaco con la novela de carácter y psicológica, hasta tal punto que John Strachey la llama “una de las tres mayores esperanzas del moderno relato policíaco”, siendo las otras dos, según su opinión, Nicholas Blake y Michael Ynnes.

Entre las muchas novelas escritas por Margery Allingham, hemos elegido cinco que, por su interés y su dinamismo, han de ser muy del agrado del público aficionado a lo policíaco.

En primer lugar publicamos El cáliz de los Gyrth, novela que vio la luz el año 1930. Es una de las primeras obras de Margery Allingham —el segundo de sus relatos policíacos—, en la que nos presenta a Albert Campion en una de sus más notables aventuras. La familia Gyrth es guardiana del cáliz desde hace cientos de años. Su antigüedad, su belleza y la extraordinaria leyenda que va unida a él lo hacen único en

su clase. Ningún ladrón puede apoderarse de él por los medios ordinarios. Pero no son los ladrones vulgares los que piensan en el cáliz. Son otras clases de ladrones, los que solo viven para su pasión por los objetos dignos de figurar en las colecciones. Esos individuos que gozan viendo en su colección particular los objetos más extraños, que aspiran a poseer un jarrón chino o una espada malaya, aunque para ello tengan que matar a sus legítimos dueños.

Y una de estas personas es la que, en su afán de conseguir el cáliz, pone en peligro la vida y la felicidad de sus guardianes.

Es relativamente fácil —aunque a costa de tiempo— defenderse contra lo posible, pero no es tan fácil defenderse contra lo imposible.

Albert Campion les contará a ustedes esta historia, explicándoles el porqué de cuanto en ella sucede.

Mystery Mile se publicó el año 1931, a continuación de la reseñada anteriormente. En ella se habla de la banda de Simister, que persigue a un tal Crowdy Lobbet, un individuo que sabe mucho... o demasiado poco: Pero posee información suficiente, que es la clave para descubrir la identidad de Simister, que nadie sabe quién es. Por tal motivo, su idea es eliminar a Lobbet. Para ello le persigue por todas partes, intentando matarle una y otra vez. Le persigue a través del Atlántico; le sigue hasta el corazón de una mansión inglesa, en donde... Pero, bueno, esta es la historia de Mystery Mile, y no hay que decir que Campion estuvo presente en los sucesos que allí se desarrollaron... ¡Ah! Tenemos que advertir que Campion y Simister no se habían visto nunca antes de los acontecimientos de Mystery Mile.

La tercera de las novelas incluidas en este tomo se titula Duelo en el ballet. Fue escrita en 1937, y en el orden cronológico de las novelas policíacas de Margery Allingham ocupa el octavo lugar.

Como en las dos anteriores, su protagonista es también el detective Campion, que, en una atmósfera de tensión alucinante, resuelve uno de sus más intrincados problemas.

Un célebre bailarín e ídolo de la revista musical, Jimmy Sutane, es víctima de una serie de bromas de mal gusto. Esta malsana persecución llega a tal grado, que invitan a Campion a que investigue el asunto. El detective visita White Walls, la casa de campo de Sutane, y la primera noche se comete el primero de una serie de crímenes repugnantes. La víctima es Chloe Pye, una mujer intrigante y sin escrúpulos, y su muerte pudo ser un accidente o un suicidio, pero en cualquier caso ha sido muy conveniente para unas cuantas personas.

Campion lleva el asunto adelante hasta esclarecer estos misterios y dar con el asesino, todo dentro de un clima inesperado y excitante.

Plumas negras apareció el año 1940. En ella no interviene el detective Campion, pero su tema es tan original que atrae al lector, de modo que logra aislarle del medio

ambiente que le rodea.

Lucar era una persona desagradable, a veces insoportable. Nadie le quería, ni aun Robert Madrigal, cuya vida había salvado y que le ayudaba a dirigir La Galería, salón de arte de gran reputación, mientras su dueño, el suegro de Madrigal, se hallaba en el extranjero. Cuando asesinan a Madrigal y Lucar se va del país, todos cuantos le conocían creen que con seguir su pista encontrarán al asesino. Pero de pronto, con gran sorpresa de todos, Lucar regresa a Inglaterra, tan impertinente y descarado como siempre, casi al mismo tiempo que un antiguo pretendiente de la esposa de Madrigal.

Todas estas entradas y salidas, la serie de luchas y circunstancias que acusan y luego van eliminando a cada uno de los personajes, crean un ambiente trágico en casa de la familia Ivory, bajo la autoridad de la anciana e indomable mistress Gabrielle Ivory, persona tan noble que ni siquiera Scotland Yard podía perturbar su dignidad.

Novela escrita con gran maestría y en la que Margery Allingham hace un estudio concienzudo de la psicología de cada uno de sus personajes.

Por último, El caso del difunto Pig, una de las últimas novelas salidas de la pluma de la genial novelista inglesa.

En ella, Champion, el siempre bien admirado detective, de gran inteligencia y perspicaz mirada, nos cuenta una de sus primeras aventuras.

Empieza con la noticia del funeral de un hombre que Champion recuerda vivamente como compañero suyo de colegio, Pig Peters. En este funeral hubo algo que no estaba muy claro, y cuando meses después Champion es llamado para investigar un crimen en un respetable club, se da cuenta de que el funeral de Pig no fue más que el prólogo de una serie de crímenes desagradables, que casi terminan con la muerte violenta del propio Champion y de su inseparable ayudante Lugg.

En El caso del difunto Pig, Margery Allingham nos lleva a un mundo de misterio, de personas extrañas, haciéndonos vivir una aventura extraordinaria, una aventura de esas que ponen los nervios en tensión. Además de las cinco novelas incluidas en este tomo, Margery Allingham ha escrito las siguientes: Blakerchief Dick, The Crime at Black Dudley, Police at the Funeral, Sweet Danger, Death of a Ghost, Flowers for the Judge, Mr. Champion criminalogist (cuentos), The Fashion in Shrouds, Traitor's Purse, The Oaken Heart, etcétera.

SALVADOR BORDOY LUQUE

CAPÍTULO I

LAS INVITACIONES AL FUNERAL NO ERAN RIGUROSAS

Siempre he pensado que lo primero que hay que tener en cuenta en una autobiografía es no permitir que irrumpa la maldita modestia y estropee la historia. Esta aventura me sucedió a mí, a Albert Campion, y estoy seguro de que desempeñé en ella un papel importante, a pesar de que faltó tan poco; para que nos mataran a mí y al viejo Lugg, que cada vez que lo pienso escucho como un rumor de arpas celestiales.

Empieza conmigo comiendo en la cama.

El criado de lord Powne tomaba lecciones de declamación y desde entonces le lee el *Times* a su señor, mientras este engulle su poco atractivo desayuno, compuesto de leche y avellanas.

Lugg, que a pesar de sus magnificas cualidades tiene algo de retrasado mental, conoció al criado de lord Powne en una de esas tabernas que parecen jaulas del Mayfair^[2], donde los caballeros encuentran provisión de caballeros para su servicio, y desde entonces e instantáneamente aspiro a seguir su ejemplo. Claro que Lugg no ha tomado lecciones de declamación, al menos desde que salió de Borstal en el reinado de Eduardo VII. Cuando entró a mi servicio era un hombre de gran verborrea, con un *record* estupendo de presuntuosas e inoportunas invenciones. Ahora me lee el *Times* mientras como, me pete o no; pero dado que el camino de la literatura no le atrae especialmente, solamente me lee aquellas columnas que más le llaman la atención; por ejemplo, las defunciones.

—“Peters...” —comienza leyendo, mientras mantiene la voluminosa manga de su camisa entre la luz y yo—. ¿Conoce a alguien que se llame Peters, viejo?

Estaba yo leyendo una carta que me había interesado bastante, puesto que, a pesar de su estilo florido, no llevaba firma, y no le oí. Dejó caer el periódico con noble impaciencia.

—Contésteme. ¿O no puede? —dijo, condolido—. ¿De qué sirve que yo esté tratando de dar un poco de tono a esta casa si usted no colabora? Turke dice que su señor está más atento a sus lecturas. Mastica bien los alimentos antes de ingerirlos y pone atención a todo lo que le leen.

—Eso mismo haría yo —dije un poco ausente. Estaba embebido en aquella carta, que no era uno de esos anónimos corrientes que no reparan en grosería más o menos.

—“Peters. R. I. Peters, de treinta y siete años de edad, murió el jueves día nueve, en Tethering, después de breve enfermedad. Funeral, en la iglesia de Tethering, el sábado, a las dos treinta. No se reciben flores. Sus amigos aceptarán esta nota, como único aviso”.

Lugg lee de un modo horrible y con gran teatralidad.

El nombre me atrajo.

—¿Peters? —dije, levantando la vista con interés—. R. I. Peters... Pig Peters... ¿No pone eso?

—¡Oh Dios mío! —replicó. Lugg, dejando caer el periódico con disgusto—. Usted es un inculto, eso es, un inculto. Después de corta y mortal enfermedad, le estaba diciendo. ¿Le conoce?

—No —dije con aspereza—. Exactamente eso no, al menos ahora.

La gran cara de luna de Lugg tomó una expresión innoble.

—Comprendo, Bert —dijo satisfecho de sí mismo, alargando la mandíbula—. Vamos, que no es de nuestra clase.

Hay ciertas cosas en las que no me atrevo a contradecirle, aunque comprendo que no existe motivo para enfadarse.

—Nada de eso —dije con dignidad—. Y no me llames Bert.

—Muy bien —contestó, generoso—. Puesto que me lo pide, no lo haré. Míster Albert Campion para el mundo; míster Albert para mí. ¿Y qué hay de ese tipo Peters del que estábamos hablando?

—Fuimos compañeros de pequeños —dije—. Unos chiquillos de ojos azules y despiertos de la abadía de Botolph. Pig Peters me cortó tres centímetros cuadrados de piel del pecho con un cortaplumas para demostrar que era su esclavo. Me hizo llorar hasta que me puse enfermo, y entonces le di una patada en el vientre, a lo que me respondió sujetándome contra un chorro de gas hasta que me desvanecí.

Lugg quedó impresionado.

—En mi colegio no hacíamos esas cosas —dijo con aires de virtud.

—Estos son los inconvenientes del intervencionismo que ejerce el Estado —dije amablemente, deseando parecer cortés—. No he visto a Peters desde el día en que fui a la enfermería para tomar el contraveneno, pero le prometí que iría a su funeral.

Súbitamente se interesó.

—Le sacaré su traje negro —dijo complaciente—. Me gustan los funerales, sobre todo cuando son de alguien conocido.

No le estaba atendiendo, había vuelto a mi carta.

«¿Por qué moriría? Era tan joven. Hay miles de hombres en mejores condiciones que él para ese viaje. “Peters, Peters”, decía el ángel. “Peters, Pietro, Piero, ven”, decía el ángel. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que seguirle? Él, que era tan fuerte, que estaba tan poco preparado, ¿por qué tenía que morir? Las raíces están rojas en la tierra y el mundo se interpone en su camino. ¿Por qué tiene que andar el cangrejo hacia atrás? Todavía no son las once».

Estaba escrito a máquina en cuartillas corrientes, como vienen siempre estas cosas, pero no estaba mal escrito y la puntuación era cuidadosa, lo cual no es corriente en este tipo de anónimos.

Se lo enseñé a Lugg.

Lo leyó concienzudamente y se dispuso a enjuiciarlo con seriedad.

—Es un trozo sacado de un devocionario —dijo—. Recuerdo haberlo aprendido cuando era un chiquillo.

—No seas tonto —repliqué en tono conciliador.

Pero él se puso colorado y sus ojillos negros se hundieron en mi cabeza.

—Llámeme otra vez tonto —replicó con truculencia—. Ande, dígalo y no volveré a hablar.

Le conozco bien cuando se pone así y sé por experiencia que es imposible contradecirle.

—Muy bien. ¿Qué significa entonces?

—Nada —contestó con testarudez.

Intenté contentarle por otro camino.

—¿Con qué máquina está escrito?

—Con una Royal portátil, nueva o arreglada, sin ninguna particularidad especial digna de mención. Hasta la *E* está tan fresca como ese pedazo de pescado que ha dejado usted. El papel es corriente. Lo venden en todas partes. Mire el sobre —continuó después de un rato—. Londres, W. C. I. Es el sello de la central antigua de Correos; está claro, ¿no? Las señas las han tomado de la guía de teléfonos. Échelo al fuego.

Seguí con la carta en la mano. Me parecía tener muchos puntos de contacto con la esquila del *Times*.

Lugg me miró desdeñoso.

—Usted es uno de esos tipos que están expuestos siempre a que les manden anónimos —observó, dando un tono a sus palabras que animaba a no dudar de ello—. Cuando usted era solamente un aficionado, todo quedaba en privado; pero ahora, que le ha dado por meter las narices en dondequiera que hay un poco de sangre, está consiguiendo que le den parte en el asunto. Pronto tendremos una colección de mujeres esperándole en la escalera para ver si consiguen su firma. ¿Por qué no alquila un par de habitaciones en la vecindad y se pone a jugar al póquer mientras espera que le comuniquen que le ha llegado la hora? Esto es lo que debería hacer un caballero.

—Si fueras mujer y supieras guisar, me casaría contigo —dije—. Reúnes todas las garantías de una esposa consciente de sus deberes.

Se calló y, dando muestras de dignidad ofendida, salió de la habitación.

Leí la carta de nuevo después de comer y me sonó como un despropósito. Luego leí el anuncio del *Times*.

R. I. Peters... Estaba claro que era Pig Peters. La edad era la misma. Recuerdo que siempre quería que le llamásemos Rip. Imaginé a Guffy Randall, a Lofty y a dos

o tres más conmigo. Yo tenía el pelo liso y llevaba gafas. Guffy era muy fuerte para su edad, y Lofty, que mantiene ahora su puesto en la Cámara de los Lores con más pasión de la que parecería necesaria, era una especie de cruce entre un tapir y el más corriente de los cerdos.

Pig Peters era entonces para nosotros una gran preocupación, hasta el punto de que podía codearse con la Injusticia, el Demonio y la Prosa Latina. Cuando quemó mi colección de huesos del esqueleto humano para encender la chimenea del estudio de los pequeños, le deseé sinceramente la muerte, y ahora, al recordarlo, me sorprende todavía encontrar en mí el mismo deseo.

Tenía que ser el mismo de la escuela del *Times*, por las señas. A los doce años era obeso, colorado y nada agradable de aspecto, y no dudo que a los treinta y siete sería poco más o menos.

—Viejo —dijo entonces Lugg, asomando la cabeza por la puerta entreabierta y mostrando con este apelativo amistoso que todo estaba olvidado—, he estado mirando en el mapa. ¿Ve dónde está Tethering? A dos millas de Kepesake. ¿Nos vamos?

Supongo que esto fue lo que me decidió. En Highwaters vive el coronel sir Leo Pursuivant, una gran personalidad en el condado y bonísima persona. Tiene una hija, Janet Pursuivant, que, a pesar de todo, me gusta todavía.

—Muy bien —dije—. Iremos.

Y allí nos plantamos muy compuestos los dos; Lugg a tal extremo, que parecía que iba disfrazado.

Tethering estaba como *en fiestas*. Si ustedes se imaginan tres millas cuadradas de terreno con una colina en medio, en ella cinco casas de labranza, una un poco mayor, y una iglesia antigua, tendrán la imagen de Tethering en la cabeza.

La iglesia tiene un aspecto patético y en invierno parece una masa de perejil, debajo del cual se oculta el edificio. Me dio pena de Pig. Siempre tuvo grandes ideas, pero en sus funerales no había nada de grandioso.

Llegamos tarde —el pueblo estaba a ochenta millas de Londres—, y me sentí como un intruso cuando, seguido por Lugg, empujé la verja y nos dirigimos hacia el pequeño grupo que estaba al lado de la tumba.

El párroco era muy viejo y debía de haber llegado en bicicleta, a juzgar por lo manchada de barro que llevaba la sotana.

En todos los demás no me fijé muy bien hasta pasado un rato, y es que un funeral es siempre algo impresionante, aunque estemos entre ángeles de mármol y columnas de civilización. Aquí, en el silencio de una colina olvidada, era a la vez triste y siniestro del todo.

Mientras estábamos allí se me borró el recuerdo de la carta que había recibido por la mañana. Peters había sido un tipo desagradable toda su vida y así lo era su funeral. Realmente, no había en ello nada de extraordinario.

Cuando el párroco pronunció las últimas palabras, algo extraño sucedió, sin

embargo; y tanto me sobresalté, que di unos pasos hacia atrás y casi caí encima de Lugg.

Incluso a los doce años tenía Pig malas costumbres, y una de ellas consistía en una fea manera de carraspear. Es algo que no se puede explicar bien, pero desde luego repugnante y que yo no había oído a nadie más que a él. Lo había olvidado completamente; pero cuando volvíamos de la ceremonia pude oír de nuevo aquello después de veinte años. Instintivamente; su sonido me trajo a Pig a la memoria con tal fuerza, que parecía que lo estaba viendo.

Aparte de los empleados de la funeraria, el párroco, el sepulturero, Lugg y yo, solo había allí cuatro personas, y todos parecían inocentes de aquella culpa laríngea.

A mi izquierda estaba un hombre de aspecto muy fuerte y una chica con un vestido negro, bastante exagerado, que parecía más deprimida que triste. Estaba sola, y al ver que yo la miraba, me sonrió. El otro individuo me fue antipático desde el primer momento, sobre todo por su aire convencional de tristeza, que desde luego no convencía a nadie. Tenía unos bigotes grises rizados, por los que chorreaba el agua de la lluvia.

De pronto advertí que en el grupo se encontraba Gilbert Whippet, que había estado pegado a mí sin que yo lo advirtiera. Habíamos ido de pequeños al mismo colegio y hacía doce o catorce años que no le había vuelto a ver; pero, aparte los cambios inevitables de la edad, seguía siendo el mismo.

Resulta casi tan difícil describir a Whippet como describir el agua o un ruido en la noche. La falta de personalidad en él es, más que una característica, su propia identidad. No podría decir cómo es, y sé que tiene una cara solo porque resulta normal que la tenga, pero para estar seguro tendría que observarle detenidamente. Llevaba un abrigo que ni era gris ni castaño, y todo en él resultaba indefinible. Me observó con mirada ausente y yo comprendí que significaba que me reconocía.

—Whippet —dije—. ¿Qué estás haciendo aquí?

No contestó y levanté la mano para darle una palmadita, que era la señal que le incitaba a hablar cuando éramos pequeños; pero me detuve a tiempo, presumiendo que quizá los años le hubieran dado a conocer sus derechos de ciudadanía. Sea lo que fuere, aquello me produjo disgusto y le pregunté con bastante aspereza.

—¿Por qué viniste al funeral de Pig?

—Porque..., ¡hum!..., creo que me invitaron —dijo con esa voz que yo recordaba tan bien y que indicaba que no estaba seguro de lo que decía—. Esta mañana tuve..., tuve...

Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un papel. Antes de leerlo ya sabía yo lo que era, porque tenía en mi poder un hermano gemelo suyo.

—Muy extraño, ¿verdad? No es una invitación rigurosa. Yo..., yo... vine...

Mientras hablaba, iba hacia adelante y hacia atrás, como si no hubiera ninguna razón para estarse quieto. Después dejó en mi mano la nota, creo que por equivocación.

Salí de la iglesia cuando todo terminó, y noté que aquel hombre que había visto antes me miraba con curiosidad. Me adelanté hacia él, y cuando estaba buscando alguna frase oportuna para poder entablar conversación, él vino en mi ayuda.

—Esto es muy triste —dijo—. Y era muy joven. ¿Le conocía usted bien?

—No sé —dije como un idiota, mientras él me contemplaba fijamente—. Bueno, fui al colegio con un R. I. Peters, y cuando vi esta mañana el *Times*, como tenía que pasar por aquí, pensé que podría detenerme un momento.

Sonreía amablemente y yo continué:

—Al llegar aquí esta mañana pensé que seguramente sería otro Peters.

—Era un hombre muy corpulento —observó pensativamente—, con ojos muy profundos, de unos treinta y siete años de edad, y fue de pequeño a la escuela de Sheepgate, y después a Totham.

Quedé impresionado.

—Sí —dije—, así era el que yo conocía.

Asintió con la cabeza.

—Muy triste —repitió—. Vino a verme después de una operación de apéndice, a la que no debió haberse sometido porque tenía el corazón débil, y en el camino cogió una pulmonía. No pude salvarle, ¡pobre hombre! Y no ha venido nadie de su familia.

Permanecí callado. Realmente, no había mucho que decir.

—Esa es mi casa —observó de pronto, señalando hacia un edificio grande—. Tengo unos pocos convalecientes. Nunca había muerto nadie. Ejercicio aquí.

Simpaticé con él. Seguimos charlando de una cosa y otra unos momentos, y después volví a Londres. Con gran disgusto de Lugg, no paramos en Highwaters. No era que yo no quisiera ver a Leo o a Janet, pero es que aquella ceremonia me había impresionado, y sobre todo la certeza de saber que el muerto era realmente Pig.

Las dos cartas eran idénticas, y supongo que Whippet había leído también el *Times*. Todo esto era extraño, sin hacer mención de aquella tos rara que había oído y da chica de negro, aunque lo peor era que no podía quitarme a Pig de la cabeza. Intenté dejar de pensar en él. Después de todo, estaba muerto y no tenía nada que temer, No le volvería a ver nunca.

Todo esto sucedió en enero. Para junio ya lo tenía olvidado, y venía un día de una sesión celebrada en el Yard con Stanislaus Oates, cuando Janet me llamó por teléfono.

Me sorprendió muchísimo oír su voz tan excitada, pues, que yo sepa, nunca hasta entonces la había visto histérica.

—Es horrible —dijo—. Leo dice que debes venir en seguida. No, no puedo decirlo por teléfono; pero Leo tiene miedo. Escucha: es *ce* de *carro*, *erre* de *ramo*, *i* de *ídem*, *eme* de *madre*, *e* de *enredo*, *ene* de...

—Muy bien —dije—. Iré.

Cuando llegamos a Highwaters, Leo estaba esperándonos en la puerta, delante de las columnas de la entrada, que debían de ser obra de un arquitecto que había visto el

British Museum y nunca más lo olvidó. Tenía un aspecto magnífico con su traje de caza, algo usado; su sombrero de fieltro verde, que parecía un tiesto, y algunas otras muestras que podrían ser incluidas en un álbum.

Vino hacia mí y me tendió la mano.

—Amigo mío, no digas nada, no digas nada —me dijo, y señalando hacia el pueblo, añadió—: A la Comisaría, es lo primero que hay que hacer.

Conozco a Leo hace años y sé que la principal característica de una deliciosa personalidad es la unilateralidad de propósitos. Cuando él tiene algo en la cabeza, tiene eso solo y nada más. Había preparado su propia campaña desde que supo que contaba conmigo.

No abrió la boca sino para conducirme por la carretera hasta que estuvimos ante la Comisaría. Entonces me cogió firmemente por la solapa.

—Ahora, hijo mío, quiero tu opinión, porque te conozco y confío en ti. ¿No es verdad que yo no te he sugerido nada, que no he influido en ti de un modo u otro?

—No, señor —dije sinceramente.

Pareció quedar satisfecho con la contestación, porque continuó:

—Bueno, entremos.

Me condujo a una habitación con una única mesa en el centro y retiró una sábana que cubría el bulto que yacía sobre ella.

—Ahora, Champion, ¿qué piensas de esto, eh?

No contesté. Sobre la mesa estaba el cuerpo de Pig Peters. No había duda alguna, y, aun sin tocar su mano, sabía que no podía llevar muerto más de doce horas.

Aquello fue en enero y... estábamos en junio.

CAPÍTULO 2

ASESINATO CONVENIENTE

A quello me dejó anonadado y me quedé mirando el cuerpo del difunto largo rato, como si estuviera contemplando una hermosa vista. Al fin, Leo habló:

—Muerto, no hay duda. Pobre hombre, aunque era una mala persona. No debería hablar así de un muerto, pero, qué quieres, la verdad ante todo.

Leo acostumbraba hablar así y siempre he pensado que su conversación es más para mirada que para oída. Sin embargo, en aquella ocasión me importaba más la materia que la forma, y le pregunté:

—¿Entonces le conocía usted?

—Anoche conocí a la víctima —murmuró, ruborizándose un poco, cosa que, por otra parte, debía de considerar como una obligación—. No me importa decírtelo, ya ves.

—¿Cómo se llamaba?

Los azules ojos de Leo tomaron una fuerte expresión de inocencia.

—Algo muy raro —dijo—. Palabra que no se le podía creer.

—Pero ¿quién es, entonces?

—Harris, Oswald Harris —dijo inesperadamente y muy satisfecho—. Tenía más dinero del que hubiera sido conveniente y la educación de un ineducado, por no decir algo peor.

Miré al muerto otra vez. Desde luego, era Pig. Lo hubiera conocido en cualquier parte. Allí estaba el cuerpo de Pig, cinco meses después de su funeral. Leo se impacientaba.

—¿Ves la herida? —preguntó. El siempre hace notar lo que todo el mundo ve. La cabeza presentaba un golpe tan monstruoso, que no parecía producido por un ser humano, quizá por un coche de caballos.

A Leo le pareció exacta mi deducción y dijo:

—No me importa admitir que estás en lo cierto, pero sustituye el coche de caballos por un tiesto.

—¿Un tiesto?

—Eso es. Siempre he dicho que era una locura ponerlos en las tapias.

—¿Tiene usted alguna sugerencia más que hacer? —pregunté.

Tomó aire y, un poco hinchado a la vez de aire y de satisfacción, respondió:

—Me temo que sí. Los tiestos estaban en la tapia hace muchos años, más firmes que el Peñón de Gibraltar, y ninguno se hubiera caído, a menos que alguien lo

hubiera empujado. Es una situación horrible, pero hay que afrontarla.

Cubrí el cuerpo de Pig. En cierto modo, me daba pena, pero parecía que había conservado su extraña propensión a crear dificultades.

Leo suspiró.

—Creo que estarás de acuerdo conmigo.

Yo dudaba. Leo no es un gran cerebro, desde luego, pero parecía tener motivos para sus sospechas y pensé que las cosas se irían aclarando por sí solas.

Me tocó en un hombro con sus dedos huesudos.

—Tenemos que hablar. Deberíamos ir a Halt Knights y echar una mirada.

—¿Le mataron a P..., a Harris, en Halt Knights?

Asintió con la cabeza.

—¡Pobre Poppy! Una mujer honrada, sabes. Nunca se tuvo una sospecha de ella, nunca.

—Espero que ahora tampoco —dije algo escandalizado.

—Uno de estos clubs de campo... —empezó—. Pero vamos allá. Y antes de comer tomaremos una copa.

Mientras íbamos hacia el coche pensé que comprender a Halt Knights es conocer Kepesake, y Kepesake es una especie de condado paradisíaco. Es un pueblo grande, lo bastante apartado de la ciudad y de la carretera principal como para quedar aislado. Tiene una iglesia normanda, un campo de *cricket* con álamos, tres magníficas tabernas y una población de auténticos campesinos bastante independientes. Está situado en un valle, a orillas de un estuario y protegido por pequeños terrenos, pertenecientes en su mayoría a *buenos chicos*, como dice Leo. Una de estas propiedades es Halt Knights.

Antiguamente perteneció a un caballero que a su vez lo obtuvo de una antecesora suya, pero las adversidades y los impuestos le hicieron deshacerse de ella, quedando convertido en un terreno sin valor, hasta que Poppy Bellew lo compró y lo transformó en el mejor hotel del condado.

Como persona de energía que era, no podía permitir que aquellos acres de terreno que rodeaban la casa la molestaran en absoluto, y así decidió convertirlos en un campo de golf, donde se jugaban partidos todas las primaveras. Cuando Pig recibió el tiesto en la cabeza ya se habían celebrado veinte partidos en cinco primavera s consecutivas.

Era un sitio realmente acogedor, que predisponía a la pereza. Si alguna vez alguien tenía aspecto raro, como si quisiera estropear la atmósfera, allí estaba Poppy para deshacerse de él. Ella pensaba que todo el mundo debía contribuir a costear sus propios gastos y que este sistema era de una eficiencia ejemplar.

Esta fue la historia que Leo me contó. Ahora comprendo que Pig pudiera morir en Halt Knights, pero lo que no logro aclarar es cómo pudo permanecer allí el tiempo necesario para conseguirlo.

Mientras tanto, Leo había llegado al coche y miraba a Lugg con desconfianza. El

caso es que Leo tiene una idea militar de la disciplina y, en cambio, Lugg, no. Yo prevenía alguna tormenta.

—¡Ah, Lugg! —dije con forzada cordialidad—, voy a llevar a sir Leo a Halt Knights. Usted podía volver a Highwaters y tomar el autobús.

Lugg me miró fijamente y vi rebelión en sus ojos.

—¿El autobús? —preguntó, añadiendo, *sir*, como si esta palabra se le atravesase, al notar la mirada de Leo.

—Sí, una de esas cosas grandes, verdes, que habrá usted visto alguna vez.

Salió del coche muy despacio, con dignidad, dejando abierta la puerta, y sus ojos me miraron con expresión contemplativa.

—Es extraordinario este Lugg. Deberías vigilarle.

—¡No, por Dios! ¿Por qué?

Carraspeó.

—No sé, solo que he tenido un pensamiento —y después continuó, midiendo las palabras—: Hay lo menos media docena de individuos por ahí, incluido yo, que hubiéramos puesto a este tipo en buen recaudo anoche, ¿sabes? Desde luego, soy muy franco.

Llegamos al *Dog and fowl* y Leo me contó lo siguiente:

Dos de aquellas posesiones habían quedado vacías hacía un año y las había comprado alguien que permaneció en el anónimo, por medio de una firma de procuradores de Londres. Entonces nadie le dio importancia al asunto, pero una semana antes a nuestra conversación, Pig se había instalado allí y se le iba la fuerza por la boca hablando de las mejoras que pensaba introducir en el pueblo, incluido un baile, un cine y una serie de diversiones que atraerían a los forasteros de una lejana ciudad industrial, producto de su imaginación.

A todo esto aparece la confesión de Poppy. Como todas esas mejoras creaban gastos enormes, ella, para no impresionar a sus clientes, que, por otra parte, eran sus más queridos amigos, aceptó de buena gana la generosa ayuda que el encantador londinense le había ofrecido, y cuál no sería su sorpresa cuando, con motivo del pago de unas cuantiosas facturas, llegó a descubrir que el encanto de aquel maravilloso londinense era solo la máscara con que atraía a sus víctimas.

Leo, en justificación a su nombre, rugió por toda la ciudad, consiguiendo reunir unas cuantas almas de Dios, que, armadas del dinero necesario, se enfrentaron con Pig.

Y aquí, realmente, empezó la derrota. Pig era un diablo, tenía todo el dinero que quería y quería también Kepesake entero.

El procurador de Leo confirmó los temores de su cliente. Poppy había confiado demasiado en el encantador caballero y Pig ahora tenía opción a comprar.

Comprendiendo que con Halt Knights y las dos posesiones contiguas, Pig dominaba todo Kepesake, Leo y sus amigos intentaron otros métodos. Como decía Leo, los hombres deben luchar por sus hogares, sentimiento primitivo que puede

inflamar de pasión el más impasible de los corazones.

—Y entonces, esta mañana —concluyó Leo—, uno de los tiestos que están sobre la tapia fue a parar a la cabeza de Pig mientras dormía sentado bajo la ventana. Fue horrible, Campion.

Continuamos sin hablar. Pensé en Kepesake, con sus espléndidos árboles y sus alegres prados. Era como un santuario que solo pudiese albergar la paz. Si Pig quería hacer dinero, ¿por qué diabólica casualidad fue a elegir este pueblo, habiendo tantos otros por ahí?

De pronto, Leo exclamó:

—Otro de los nuestros.

Hacia nosotros venía un hombre que reconocí en seguida, no sin cierta sensación de disgusto. Le había visto en el funeral de Pig, afectado e hipócrita, llevándose a los ojos un pañuelo con un borde de luto, y ahora trotaba por Halt Knights como si todo aquello le perteneciera.

CAPÍTULO 3

“AQUÍ ES DONDE MURIÓ”

Se quedó mirándome con curiosidad y creo que me reconoció, al mismo tiempo que hacía un ceremonioso saludo a Leo quitándose el sombrero de paja con ese antiguo aire versallesco que ya no convence a nadie.

Leo se miró la chaqueta verde como si la fuese a taladrar y me confió en voz baja, al mismo tiempo que apretaba el acelerador:

—Muchos conocen a Tomás, que Tomás no conoce —y continuó—: Quiero que trates con delicadeza a Poppy. La pobre ha tenido que soportar muchas cosas estos dos últimos días y no me gustaría verla abatida.

—Hace diez años que no he pegado a ninguna mujer —dije.

Leo me miró extrañado. La ironía no es precisamente su fuerte.

—Espero que tampoco entonces lo hayas hecho. Tu madre, tan bondadosa y dulce, no puede haber criado a un hijo capaz de eso. Estoy preocupado por Poppy. Es una encantadora mujercita.

No comprendía bien la opinión que Poppy le merecía. Encantadora sí lo era, pero mujercita, no. Leo confunde a veces lo ideal con lo convencional, y estuve a punto de decírselo, si no es porque en ese momento llegamos a la casa.

Ninguna casa de campo inglesa merece el nombre de tal si no es capaz de proporcionar un delicioso descanso en una tarde de junio. Halt Knights pertenece a esta categoría y tiene toda una calle para ella sola.

Sus bonitas ventanas y su especial construcción hacen que no desentone entre las villas normandas que se levantan tras ella.

Al empujar la puerta vi que estaba abierta, como es costumbre en estos lugares, aunque aquello parecía desierto, a no ser por el policía que estaba de guardia en el umbral.

Le toqué a Leo en el hombro y le propuse inspeccionar la casa primero.

—Muy bien, hazlo si quieres. Aquí es donde estaba sentada la víctima —y me condujo por el jardín, enseñándome el sitio exacto.

—Aquí está el tiesto —dijo.

Al verlo quedé atónito. Era una maceta de piedra de alrededor de medio metro de largo por cuarenta centímetros de ancho, decorada con orlas de piñas. Con tierra y todo, aquello debería de pesar un horror, y entonces comprendí no solo que pudiera haber matado a Pig, sino que incluso lo podía haber reventado.

—Y así hubiera sido —dijo Leo al comunicarle mi opinión—. Lo que ocurre es

que fue solo el borde lo que le dio en la cabeza echada hacia atrás en la silla.

Dio una patada a un saco que había por el suelo y se encogió de hombros, desesperanzado.

Seguí andando y después miré la valla, una de esas vallas de piedra que suelen rematar los frentes de las casas de Georgia y que siempre me han recordado el adorno de mazapán de un bizcocho con frutas.

Había otras siete macetas a lo largo de la valla, a distancias iguales, y aparentemente no había en ello nada peligroso; parecía que habían estado siempre allí.

Entonces nos dirigimos hacia la casa.

—Hay algo que no comprendo —murmuré—. Para el asesino sería correr un riesgo tremendo.

Leo me miró y traté de explicarme.

—Quiero decir que, seguramente, Harris no estaría solo. Habría alguien con él, y entonces, ¿cómo podía estar seguro de que el tiesto iba a caer exactamente sobre el que él quería?, a menos que se hubiera asomado primero, y esto hubiera sido una locura.

Leo se puso colorado.

—Harris estaba solo y nadie querría, estoy seguro, charlar con él, ya sabes. Cuando pasamos por aquí le vimos, pero seguimos nuestro camino. Estaba jugando a las cartas cuando oí el infernal ruido. A ti quizá te parezca infantil, pero así fue.

Entonces yo pregunté:

—Cuando dijo usted “pasamos”, ¿qué quería decir? ¿Cuántos eran ustedes?

—Lo menos una docena, y todos, desde luego, por encima de cualquier sospecha.

No bien pusimos el pie en los escalones de la entrada y sentimos el agradable olor de las flores y de la madera vieja, apareció Poppy, tan regordeta y sonriente como siempre, a darnos la bienvenida.

—¡Caramba, qué suerte! —dijo dándome la mano—. Me alegro de verle. Vengan a tomar una copa.

Nos llevó por el largo pasillo hasta una habitación, donde nos sentamos, y fue todo el camino charlando.

No resulta fácil describir a Poppy. Anda por los cincuenta, tiene la boca grande y enormes ojos azules. Hasta aquí la parte fácil. El resto es mucho más difícil. Toda ella transpira amistad, generosidad y algo así como una testarudez ingenua. Se viste de una manera chillona, con faldas de flores y blusas con suficiente cantidad de adornos como para proveer una feria de muestras. Sin embargo, a su personalidad le va bien. Al verla gusta, y eso es todo.

—¡Qué horrible este Harris! —dijo, mientras me acercaba un vaso *de whisky*—. ¿Le ha contado Leo cómo intentó quedarse con esto? Bueno, ya ha muerto pero de todas maneras no era un buen proceder el suyo.

Leo saltó:

—¿Verdad que es deliciosa?

—Ya les dije que era peligroso, que traería complicaciones, y así fue —continuó la deliciosa señora.

Entonces sorprendí una mirada furtiva de Leo, y Poppy se volvió hacia él.

—¿No se lo ha dicho? Debe hacerlo, no hay nada que temer.

Leo evitó una mirada.

—Ahora iba a decírselo; en realidad, todavía no ha habido ocasión.

—Pues cuando se trata de la verdad, nada nos debe cohibir —confesó ingenuamente.

Leo parecía escandalizado, y ya iba a hablar cuando ella se le adelantó.

—Fue así —dijo, cogiéndome el brazo de un modo amistoso, aunque impersonal—. Dos o tres de los amigos más atrevidos decidieron anoche formar un complot. Tenía pensado emborrachar a Harris, y entonces, en un rasgo de verdadera amistad, hablarle de hombre a hombre y hacerle firmar un documento que ya tenía preparado para levantar la hipoteca, o lo que sea.

Hizo una pausa y me miró como dudando. Al ver que yo seguía impávido, continuó:

—Yo no lo aprobé; les dije que era una tontería y en cierto modo no era honrado, pero ellos dijeron que tampoco Harris lo había sido con nosotros, y era verdad. Así que vinieron a sentarse aquí con él y empezaron a beber; pero en lugar de ponerse alegre, Harris se puso truculento, y al final hubo que subirle a la cama. Por la mañana tenía una resaca terrible y salió al jardín a dormir. Entonces fue cuando sucedió todo.

—¡Horrible! —murmuró Leo—. ¡Horrible!

Poppy me dio los nombres de los conspiradores, todos ellos personas respetables, que deberían haber sido más cautos, y así se lo hubiera comunicado a Poppy de no haberme interrumpido ella.

—El inspector espera conseguir algo. Ha estado mirando por todas partes y no ha encontrado ninguna prueba, y aquí todos los que vienen son personas encantadoras.

No contesté, pues en ese momento una sirvienta con cara de bizcocho, que no parecía tener la suficiente inteligencia como para lanzar nada sobre nadie, entró para decir que si había un señor Champion en la casa, le llamaban por teléfono.

Pensé que sería Janet y me puse anticipadamente contento, pero en lugar de oír su voz, oí a la telefonista, que decía:

—Le llaman de Londres.

Considerando que había salido de allí inesperadamente y que nadie sabía que estaba en Highwaters más que Leo y Lugg, creí que sería una equivocación; pero la telefonista repitió pacientemente:

—Sí, señor, de Londres, no se retire.

—Diga —dije al fin—. Aquí, Champion.

Pero en lugar de contestarme oí como un suspiro y alguien que colgaba en ese momento.

Aquello era un incidente bastante molesto.

Antes de volver con los demás subí al primer piso para echar una mirada a la valla. No había nadie por allí y todas las puertas estaban abiertas, así que pude mirar a mis anchas sin ninguna dificultad.

Entonces deseché toda teoría de que pudiera haber sido un gato o un pájaro el autor de aquello. El borde de la valla estaba cubierto de musgo, salvo en el espacio destinado a la maceta, que debería estar sujeta por medio de una hendidura en la que había una escarpia; por tanto, no había que pensar en una caída casual. Solo alguien bastante fuerte y que sabía lo que hacía podía haberla levantado antes de tirarla.

Por otra parte, no había nada extraordinario en aquel espacio libre, salvo que el musgo estaba algo húmedo. Entonces no pensé en la importancia que aquello podía tener.

Volví abajo pausadamente y no debieron de oírme, porque los sorprendí hablando alto y acaloradamente.

—Querida señora, créame, yo no quiero meterme en sus asuntos, nada tan lejos de mi intención, pero la víctima era un lioso y se había metido aquí como si esto le perteneciese.

Poppy le hacía frente con las mejillas rojas y los ojos brillantes de lágrimas.

—Vino del pueblo a vender unas entradas para..., para un partido de fútbol —dijo determinadamente y yo, al mirarle, pensé si podría haber fingido antes, puesto que ahora lo hacía tan mal, y, desde luego, comprendí de quién estaban hablando.

CAPÍTULO 4

ÁNGELES

Tosí discretamente y Leo se volvió hacia mí con aire culpable. Estaba deprimido.

—¡Ah! —dijo, ausente, pero deseando entablar conversación—. Campion, espero que no haya malas noticias.

—No, no traigo noticias —contesté con sinceridad.

—Bien, eso es bueno. Muy bueno —gritó de repente, levantándose y dándome palmaditas en la espalda con un entusiasmo inopinado—. No tener noticias es como tenerlas buenas, ¿no se dice así?

El pobre hombre estaba completamente alterado y me dio pena. Poppy también estaba rara. Tenía las mejillas rojas y se le saltaban las lágrimas. Nos despedimos de ella.

Le hice atravesar de nuevo el jardín para echar otra mirada a la maceta.

Parecía pensativo cuando se la enseñé y tuve que explicarle por dos veces su primitiva colocación antes que lo comprendiera.

Continuamos en silencio hacia la carretera principal. Aquella tranquilidad me impresionaba, y es que me temo que no soy uno de esos intelectuales fríos, cuyo cerebro trabaja como una máquina, tomando los datos uno a uno y haciendo el trabajo como un simple cálculo. Soy más bien un hombre sencillo, que va por la vida saboreando lo bonito que de cuando en cuando nos ofrece.

Por el momento estaba seguro de una cosa: de que Pig había sido asesinado, es decir, que quien lo hubiera matado lo había hecho intencionadamente, aunque no con premeditación. Esto parecía evidente, ya que no era razonable suponer que nadie hubiera insistido en que se sentara precisamente allí, ni tampoco que hubiera permanecido sentado el tiempo suficiente como para recibir el golpe.

Todo esto me sugirió la idea de que la actual identificación del asesino dependía de un proceso de eliminación, cosa que, a fin de cuentas, era trabajo del inspector. Después de todo, él había sido el estudiante más aventajado de su promoción.

Lo más molesto, pensé, sería la cuestión del interrogatorio, ya que no se podía esperar demasiado de las huellas dactilares ni teníamos testigos, porque, de haberlos habido, ya se hubieran presentado. Esto era, a grandes rasgos, el crimen tal y como yo lo imaginé; pero quizá deba hacer constar aquí que estaba muy equivocado, no solamente en lo que se refería al desenlace, sino también en los demás puntos. Sin embargo, entonces no tenía la menor idea de ello.

Permanecí en el Lagonda con Leo en mi puesto y continuamos el camino en una tarde dorada de sol pensando en Pig y en sus dos funerales, presente y pasado.

En aquel momento me incliné a pensar que quizá el asesino de Pig fuese ajeno al esquema general, lo cual me hace creer que el aire embalsamado del campo me había despejado la cabeza.

Lo sentí por Leo y por Poppy. Coincidía con ellos en líneas generales, pero en aquel momento no creía que el asesino fuera en absoluto la clave del asunto.

Al bajar por una de las calles del pueblo pasamos por The Swan, e hice a Leo una pregunta del modo más indiferente que pude.

—¿Conoce usted Tethering? —pregunté—. Allí hay una casa de reposo, ¿no?

Con una sacudida nerviosa volvió en sí de sus desdichadas meditaciones.

—¿Tethering? ¿Casa de reposo? ¡Ah, sí! Magnífico lugar, magnífico; un poco pequeño, pero te gustará. Bueno, ya sabes que te esperamos a cenar esta noche; el párroco vendrá también —añadió esto con el pensamiento muy lejos—. Sé puntual; a las seis, ¿eh?

Naturalmente, yo estaba intrigado.

—¿Ha vivido allí Kingston mucho tiempo?

Apartó la mirada. Parecía desear que me callara.

—Sí, muchos años. Su padre acostumbraba practicar allí hace tiempo. Le dejó a su hijo esa casa y él hizo de ella un buen negocio. Es un buen médico, a mí me curó un resfriado.

—¿Le conoce bien entonces? —pregunté, sintiendo forzar sus pensamientos, aunque ansioso de conocer la respuesta.

Leo suspiró:

—Sí, mucho; tanto como se puede conocer uno a sí mismo. Es gracioso: estaba jugando una partida con él y otros cuando cayó esa endemoniada maceta.

—¿A qué jugaban? ¿Al *bridge*?

Me miró escandalizado.

—¿Antes de comer? No, amigo mío, al póquer. ¿Cómo íbamos a jugar al *bridge* antes de comer? Kingston tenía un póquer de sotas y nos dábamos prisa, pensando en la comida, cuando una especie de sombra pasó por la ventana y después se oyó un golpe terrible. ¡Qué desgraciado! No me gustó nada su mirada.

—¿La de quién? —pregunté, viendo que perdía el hilo de la historia.

—La de Pig, naturalmente. No puedo apartarle de mi mente.

—Yo creo que le he visto antes en alguna parte —dije.

Leo me miró suspicaz.

—¿Dónde?

—Pues..., en algún funeral —contesté, no queriendo ser más explícito.

Leo se sonó la nariz.

—Precisamente donde esperabas verle —respondió con acritud, y entramos en el camino de Highwaters.

Janet se dirigió rápida hacia nosotros al vernos llegar.

—¡Qué tarde vienes! —le susurró a Leo, y volviéndose hacia mí me tendió la mano—. ¿Cómo estás, Albert? —dijo con frialdad.

—Muy bien, gracias —contesté, y añadí tontamente, intuyendo que debía decir algo más—: Danos de beber ambrosía y dulce néctar.

Se echó a reír de una manera forzada.

—Claro que sí. A propósito, alguien vino esta tarde a verte. Le dije que vendrías a cenar.

—¿Quién, Lugg? ¿Qué quería?

—No, no —dijo despreciativa—. Será tu novia, supongo.

La situación se hacía más difícil.

—Eso no es cierto —dije—. No tengo novia. ¿Ha dejado su nombre?

—Sí —había algo desagradable en todo aquello y empecé a sospechar del tono de Janet—. Dijo que se llamaba Effie Rowlandson.

—No he oído nunca ese nombre —dije con sinceridad—. ¿Era guapa?

—No —contestó Janet con violencia y se metió corriendo en la casa.

Cuando entré, el viejo Pepper estaba preparando la mesa y pareció alegrarse de verme, cosa que me satisfizo. Después del saludo correspondiente me dijo que había llegado una carta para mí.

Se retiró un momento y volvió con ella.

—Tiene usted la misma habitación de siempre, señor —me informó—. Enviaré a George con su equipaje inmediatamente.

Miré con disimulo la carta, mientras él andaba a mi alrededor mirándome de soslayo.

Cuando subí a mi habitación me puse a leer la carta. Estaba escrita con tanta precisión y tan correctamente como la primera que recibí. Era como un sedante leer algo así.

“¡Oh admirable topo! —decía—. ¡Croante rana! ¡Miserable gusano! ¿Dónde está Peters? El ángel lloraba detrás de las flechas de oro. Sus alas cubren su rostro. ¡Piero!, gime el ángel. ¿Por qué ha de ser así? ¿Quién fue el que conturbó los cielos? Considera, criatura, la vil materia. Sus manos están tristes y su boca ensangrentada”.

CAPÍTULO 5

GENTE SIMPÁTICA

— **E**l motivo del anónimo es lo que no alcanzo a comprender —confié a Lugg mientras me vestía—. ¿Tú ves alguna relación en ello?

Dejó la carta a un lado y me sonrió con expresión de sentimiento.

—¡Pobre gusano! —dijo.

Me quedé contemplándole y recobró inmediatamente su belicoso temperamento.

—Me alegro de que haya vuelto —dijo—. He estado esperando para hablar con usted. ¿Quién se cree usted que soy yo, un ciempiés? ¡Que tomara el autobús! ¡Ah!

—Te estás haciendo viejo —exclamé ofensivamente—. Mira a ver si tus facultades mentales han decaído tanto como tu aspecto físico. ¿Esa carta tiene algo que ver contigo o no?

Acusó el golpe y su caraza blanca tomó un aire de reproche al releer la nota.

—Una rana, un gusano y un ángel están tristes porque no pueden encontrar a Peters —dijo al fin—. Está claro, ¿no?

—Clarísimo —agregué—. Y parece sugerir que el que lo escribe sabía que Peters no había muerto, lo cual es interesante, porque ahora sí que lo está.

Lugg me miró.

—¿Tiene ganas de jugar?

Me puse a luchar con el cuello de la camisa, mientras él hacía esfuerzos por comprender.

—¿Que ha muerto? ¿De qué?

—De un tiesto en la cabeza —contesté.

—¡Ah!, entonces ahora caigo. El tipo que escribió esto sabía que usted estaba ansioso por meter las narices en algo que olierá a sangre, y amablemente ha continuado dándole una propina para que se vaya entreteniendo.

—Bueno, ya está bien; te estás poniendo ofensivo y vulgar —repuse con dignidad.

—¿Vulgar? —repitió—. Yo podré ser lo que sea, pero nunca vulgar.

—Me sacas de quicio —dije sinceramente—. El caso es que Peters murió esta mañana y la carta fue enviada desde Londres anoche, a eso de las siete.

—¿Entonces ese tipo sabía que Peters iba a morir hoy?

Dudé. Era la primera vez que me enfrentaba con el verdadero meollo del asunto. Mientras tanto, él continuó lamentándose.

—¡Ya estamos otra vez! A pesar de todo lo que he hecho por usted, en cuanto

encuentra el más pequeño obstáculo ya no sabe qué hacer. ¡Señor!

—Hay unos pastelillos que se hacen con salchicha, ¿verdad? —pregunté.

—Seguramente tendrán veneno —contestó.

Al llegar al comedor, Pepper me miró con afecto y yo sentí que Janet no hiciera lo mismo.

Leo estaba charlando con un hombre delgado vestido de clérigo y yo me senté al lado de uno que había conocido en el funeral de Pig.

Me reconoció, sonriéndome con amabilidad.

—¿Qué tal marcha ese asunto?

Nos presentamos mutuamente y desde el principio me fue agradable. Era un hombre alto, mayor que yo. Janet se unió a nosotros y entonces tuve la sensación de que allí había alguien a quien yo no agradaba.

Era una de esas sensaciones inexplicables que se tienen a veces, pero que no fallan. Enfrente de mí estaba sentado un joven clérigo, que me miraba con abierta hostilidad. Era alto, huesudo, y sus redondos ojos negros mostraban indignación.

Le sonreí estúpidamente sin saber qué hacer, y Leo nos presentó.

Se trataba del reverendo Philip Smedley Bathwick, recientemente nombrado párroco de Kepesake. No podía comprender su actitud hasta que le sorprendí mirando a Janet. Posiblemente le atraía la muchacha, y yo le hubiera compadecido de buena gana si no hubiera tenido razones personales para no hacerlo. Pero esto no importa por el momento.

Era doblemente desgraciado, puesto que Leo le acaparaba todo el tiempo. Cuando estábamos en el postre le preguntó:

—¿Sabe usted dónde vive ese individuo del que hablamos antes?

—En casa de mistress Thatcher. ¿La conoce usted?

Bathwick tenía buena voz, pero le temblaba ligeramente cuando contestó, y yo supuse que era debido a la ansiedad por escuchar la conversación del otro extremo de la mesa.

Pero Leo no le daba ningún respiro.

—Sí que la conozco —dijo—. Es de la familia Jepson, de Blucher. Una buena mujer, pero ¿qué hace en su casa un tipo como ese, Bathwick?

—Es que alquila habitaciones, señor —y mientras decía esto sus ojos buscaban a Janet—. Míster Hayhoe está en el pueblo hace solamente una semana.

—¿Hayhoe? —repitió Leo—. ¡Qué nombre tan estúpido! Probablemente falso.

—Hayhoe es un nombre muy corriente, señor —aventuró Bathwick.

Leo le miró como si estuviera loco.

—Yo no creo que lo sea. Cuando usted llegue a mi edad no tendrá ganas de hacer chistes. Estamos en unos momentos muy serios, querido amigo.

Bathwick se puso colorado hasta las orejas, pero pudo controlarse y permaneció silencioso. Fue un incidente ridículo; pero desde aquel día Leo consideró a Bathwick como un tipo que se las daba de gracioso, lo cual no es cierto, porque no he visto una

persona con menos sentido del humor en toda mi vida.

Me volví hacia Kingston:

—¿Se acuerda de un hombre que lloraba en el funeral con un pañuelo inmenso el año pasado? Ese era Hayhoe.

—No, creo que no. Me acuerdo de una chica muy rara que...

Hizo una pausa y pareció ponerse un poco nervioso. Como todos le estábamos mirando, no sabía qué hacer e intentó cambiar de tema. Luego, mientras los demás hablaban, se volvió hacia mí.

—Se me ha ocurrido algo: me gustaría charlar con usted después de comer, si no le importa. Usted no conocía bien a Peters, ¿verdad?

—No muy íntimamente —contesté a la defensiva.

—No era ninguna maravilla —dijo bajando la voz—. Tengo algo que decirle, pero aquí, no.

Sin embargo, no se presentó pronto la ocasión de hacerlo, porque el inspector encargado del asunto vino a ver a Leo, y este se disculpó y se marchó.

Bathwick era un innovador, según sacamos en consecuencia. Hablaba de la insana condición de las casas de labranza y de la necesidad de aportar una mayor cultura al campesino medio, mostrando con ello una gran falta de conocimiento, ya que tal abstracción no existe.

Kingston y yo tratamos de convencerle de que el verdadero problema de un pueblo pequeño es el apartamiento relativo de sus vecinos, lo cual impide que exista una verdadera comunidad. Y en esto estábamos cuando entró Pepper para preguntarme si quería acompañar a sir Leo.

Entré en el cuarto donde estaba Leo y le encontré sentado en su escritorio. Enfrente de él había un hombre bebiendo un vaso de *whisky*. Leo nos presentó:

—El inspector Pussey, Campion. Este chico vale mucho; ha estado trabajando como un negro todo el día.

Me resultó agradable. Tenía una cara muy cómica y Leo le trataba, a la vez, con afecto divertido y con admiración.

Al llegar yo, los dos parecieron cohibidos. Al principio lo tomé como algo natural, dado lo grave del asunto, pero luego descubrí que había algo más.

—Algo extraordinario, Campion —dijo Leo cuando Pepper cerró la puerta—. No sabemos qué hacer. Pussey me lo ha asegurado y es un hombre digno de confianza.

Miré al inspector. Estaba confuso, como un niño que hubiera encontrado repentinamente su juguete. Me sonrió, desarmándome.

—Es algo muy raro. Parece que nos hemos, equivocado en algo; pero en qué no podría decirlo, y menos ahora. Nos hemos pasado todo el día interrogando a la gente y ya hemos terminado.

—Y nadie más que sir Leo tiene una buena coartada, ¿verdad? —comenté compadecido.

A Pussey no pareció molestarle mi interrupción, más bien la acogió con agrado.

—No —dijo—. Todo el mundo tiene la suya. En el momento en que el accidente ocurrió todo el mundo estaba en la cocina, o en el bar, o en el salón, y cuentan, además, con la palabra de otros caballeros para probarlo. No había, por otra parte, ningún forastero en el pueblo. Todos los que vinieron esta mañana lo hicieron con algún motivo. Todos se conocían. Ninguno de ellos podía haber salido y cometer el crimen, a menos que...

Se detuvo, poniéndose muy colorado.

—¿A menos...? —dijo Leo con expectación—. Siga, por Dios. No ande con ceremonias. Estamos solos.

Pussey tragó saliva.

—A menos que todos ellos lo supieran —y hundió la cabeza en el pecho.

CAPÍTULO 6

PIG SE MARCHA

Hubo una pausa en la que Pussey parecía hundido por el peso de su propia temeridad, mientras Leo luchaba por comprender.

—Entonces, ¿se trataba de una conspiración?

Pussey sudaba.

—No lo creo.

—No sé, no sé; es solo una idea. Todos estaban allí, y yo también.

Fue un momento cumbre. Leo hablaba con esa magnífica inocencia suya, tan convincente como ciega, y Pussey y yo respiramos con alivio. El pobrecillo había barrido en un momento cualquier sombra de duda, poniéndonos de pronto ante un milagro, pero merecía la pena.

—No —dijo al fin—. Es imposible. Habrá que pensar en otra cosa y procurar ir atando cabos. Quizá encontremos algo en que nunca hemos pensado.

Decidieron trabajar juntos en el asunto, y yo, mientras tanto, me fui a ver a Kingston. Estaba en la salita de estar con Janet y Bathwick, quien, al verme, disimuló tan mal su desagrado que me hizo sentirme violento. Le ofrecí un cigarrillo y lo rehusó.

Kingston, entonces, me invitó a salir a la terraza, cosa que hubiera parecido mal en cualquier otra casa que no fuera aquella, donde la anormalidad de los actos hacía juego con la desproporción del mobiliario. La mirada de gratitud que Bathwick me dirigió me hizo sentirme injusto. Salimos a aquella bonita terraza de mármol, digna de Hollywood, y Kingston empezó:

—Este Peters...

Aquellas simples palabras me volvieron a los años del colegio, en que Guffy, con el mismo tono de ofensa y excitación, empezó diciéndome lo mismo.

—Continúe —dije, animándole.

Kingston dudaba.

—Es como una confesión —dijo inesperadamente, y como yo le miré asombrado, siguió diciendo—: Bueno, no se asuste. Se trata solamente de que fui yo el que escribió su testamento. El vino a mi sanatorio para recuperarse después de la operación de apendicitis, como sabe; pero en el camino cogió un resfriado, que degeneró en pulmonía. Un día, que se encontraba algo mejor, me mandó llamar para decirme que quería hacer testamento. Y entonces yo lo escribí y él lo firmó. Le digo todo esto porque Janet me dijo que usted vino aquí precisamente por este asunto.

Ahora, Champion, debo decirle que en realidad cambié un poco las cláusulas del testamento.

—¡Ah!, ¿sí? —dije estúpidamente.

Asintió:

—No en su fondo, naturalmente, sino en la forma. Él me dictó algo así: “Dejo todo lo que poseo a ese pillo e inenarrable bribón que es mi hermano, nacido Henry Richard Peters, llámese ahora como se llame. Lo hago así, no porque le tenga ninguna simpatía, ni a él ni a sus nefandos negocios, sino porque es el hijo de mi madre y porque no sé de nadie más a quien pueda dejarle mi fortuna”.

Kingston dudaba y me miraba con solemnidad bajo la luz de la luna.

—Yo pensé que aquello no estaba bien. Una cosa así puede causar disgustos. Así que lo pulí un poco en la forma, respetando por completo lo esencial. Él lo firmó, y poco después murió.

Esperé que continuase.

—En cuanto vi a Harris, pensé que se parecía a alguien que yo conocía, y cuando esta noche, cenando, usted me habló del funeral, en seguida me di cuenta a quién me recordaba, Peters y Harris tenían mucho en común. Peters era más corpulento, pero así y todo eran muy parecidos. Ahora comprenderá usted lo que quiero decir. Este Harris podría ser muy bien el hermano del que recibió la herencia.

Se sonrió, como disculpándose.

Yo no contesté en seguida. Sabía muy bien que el Peters que mataron era el que yo conocía, y si tenía algún hermano, ese sería el paciente de Kingston.

—Envié el testamento al procurador —continuó Kingston— y él me dio instrucciones para el funeral y pagó mis honorarios. Tengo su nombre en casa. Se lo enseñaré, si quiere, mañana.

Quedamos de acuerdo y siguió hablando:

—Yo estaba en Halt Knights aquella mañana. Estábamos jugando una partida de póquer cuando oímos mucho jaleo y todos salimos corriendo, pero ya no había nada que hacer. ¿Vio usted el cadáver?

—Sí, lo he estado examinando. ¿Fue esa la primera vez que vio usted a Harris?

—No, claro que no. Estuvo aquí una semana entera y yo iba todos los días a ver a Flossie Gage, una de las muchachas. No hablaba mucho con Harris porque, ya sabe, ninguno de nosotros lo hacía. Era un tipo ofensivo. Ya sabrá usted el incidente que tuvo con Bathwick.

—¿Bathwick?

—¡Ah!, ¿no lo sabe? Este hombre es un poco mojigato, como habrá podido observar.

Dije que sí y continuó:

—Harris hablaba mucho de abrir aquí una sala de fiestas y de hacer una piscina y qué se yo qué más, pero todo esto no encajaba en el esquema que Bathwick tenía proyectado para Kepesake, así que se fue a ver a Harris y creo que allí hubo una

escena fuerte. Harris se divertía haciendo ironías, que Bathwick, que no tiene ningún sentido del humor, no podía comprender, mientras Bill Duchesney y otras dos personas más les servían de auditorio. Yo creo que no había necesidad de ponerse así con el pobre párroco, que, en fin de cuentas, es un buen muchacho, aunque a veces se ponga demasiado solemne. Pero, bueno, esa es otra cuestión. Aquí lo que interesa saber es quién mató a Harris. Voy a traerle el nombre del procurador, ¿le parece?

—Sí; se lo agradeceré —dije, tratando de no aparentar demasiada ansiedad.

—No hay de qué. Aquí se presentan muy pocas ocasiones de poder ser útil. Esto le parecerá una ingenuidad, pero no tiene usted idea de cómo nos aburrimos, sobre todo los que tenemos algunas inquietudes.

Volvimos al salón. Janet y Bathwick estaban oyendo la radio, pero ella se levantó y la cerró al vernos. Leo entró un poco después, y se fue en seguida con aspecto preocupado, mientras Kingston se marchaba a casa en compañía del quisquilloso clérigo. Yo salí a la terraza con Janet. Hacía una noche maravillosa, inundada de luna y de aromas, y abajo, en el jardín, se oía el canto de los ruiseñores.

—Albert —dijo Janet.

—Dime.

—Tú tienes unos amigos muy extraños.

—Ya sabes que en el colegio conoces a toda clase de gentes —contesté, un poco a la defensiva—. Es como si tuvieras un montón de huevos todos iguales y nunca puedes saber cuál de ellos es el que está podrido.

Suspiró profundamente y sus ojos brillaron en la penumbra.

—¿Qué te parece Bathwick? —me preguntó.

—Muy simpático —contesté sin dar convicción a mis palabras—. ¿Dónde vive?

—En la parroquia, justamente detrás de Halt Knights. ¿Por qué?

—¿Tiene jardín su casa?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Y está al lado del de Halt Knights?

—Está detrás de la casa de Poppy. ¿Por qué?

—Debo de estar al corriente de una serie de datos —dije—. El siente un gran afecto por ti, ¿verdad?

No me contestó, y yo creo que consideró de mal gusto la pregunta. Sentí que temblaba a mi lado.

—Albert —murmuró muy bajito—, ¿tú sabes quién cometió el crimen?

—No; todavía, no.

—¿Y crees que lo averiguarás? —esto lo dijo casi suspirando.

—Sí, lo averiguaré.

Puso su mano sobre la mía.

—Leo siente mucho afecto por Poppy —murmuró.

—Leo no tiene más idea de quién mató a Harris que un bebé recién nacido —comenté mientras le estrechaba la mano.

Volvió a temblar.

—Esto no mejora la situación; al contrario, la empeora. Todos ellos defendían a Poppy. Después de todo, era ella la que más tenía que perder. Vuelve a Londres, Albert. Déjalo. No averigües nada.

—No pienses ahora en eso. Tranquilízate.

Durante un momento paseamos en silencio. Janet llevaba una blusa azul, y le dije que me gustaba. También elogí su peinado, que consistía en una especie de bucle recogido sobre la nuca.

Después de un rato, ella me devolvió el cumplido diciéndome que yo era la persona más sincera que había conocido nunca y que estaba arrepentida de haber dudado de mi palabra unas horas antes.

Estaba dispuesto a olvidarlo, por no decir ansioso, y así lo hice, pero en ese momento algo desagradable ocurrió: entró Pepper con mucho aparato y deshaciéndose en excusas, para decirme que una señorita llamada Effie Rowlandson quería verme y que estaba esperando en el comedor.

CAPÍTULO 7

LA NOVIA

Mientras seguía a Pepper me aventuré a preguntarle:
—¿Qué aspecto tiene?

Se volvió y me dirigió una mirada que parecía indicar que él era un hombre maduro y de experiencia y que ciertas cosas no le afectaban.

—La joven me dijo que era muy amiga de ustedes, señor, y que por eso se ha tomado la libertad de visitarles tan tarde.

Habló con impertinencia, poniendo un tono de reproche en las palabras. Abrió la puerta del comedor.

—Hola —dijo alguien desde dentro.

Pepper se retiró y miss Effie Rowlandson vino a mi encuentro.

—Espero que no le habré molestado.

Observé su figura con impertinencia. Era menuda, rubia e infantil; tenía los ojos brillantes y unos dientes de anuncio de dentífrico. Su traje era completamente negro, salvo una pluma blanca en el sombrero, y el efecto general era algo así como un intermedio entre Hamlet y Aladino.

—¿Usted no me recuerda? —dijo—. ¡Qué tonta de mí, haber venido! Supuse que me recordaría. Soy una tonta, ¿verdad?

Sospechaba que yo era algo bruto, pero ¡qué le voy a hacer! La vida es así.

—Quizá se ha confundido usted —sugerí lleno de esperanza.

—¡Oh, no! —otra vez sus pestañas se agitaron ante mí—. Le conozco del funeral, ¿sabe? —bajó la voz con modestia al pronunciar las últimas palabras.

De pronto me vino a la memoria como en una ráfaga. Era la chica del funeral de Peters. Por qué la había olvidado no lo sé; solamente tenía la impresión de que no era la persona más indicada para estar allí.

—¡Ah, sí! —dije lentamente—. Ahora recuerdo.

Palmoteo, dando muestras de alegría.

—Sabía que lo haría. No me pregunte por qué, pero lo sabía.

En ese momento la conversación llegó a punto muerto. No me encontraba muy a gusto que digamos, y ella me observaba sorprendida, con una astuta expresión en sus ojos grises.

—Sé que usted me ayudará —añadió al fin.

Estaba más que convencido de que yo no era su hombre, y pensaba en cómo decírselo cuando me hizo una declaración sorprendente.

—Él me pisoteó —dijo—. No recuerdo haber cometido error igual con un hombre. Sin embargo, una muchacha comete errores a veces. ¿No es así, míster Campion? Sé que ahora, sin ir más lejos, he cometido un error al decir que era antigua amiga suya, cuando en realidad le he visto solamente una vez, o mejor, acabamos de conocernos. Pero no lo volveré a hacer.

—Miss Rowlandson —dije—, ¿por qué ha venido usted? Tengo derecho a saberlo —añadí, intentando llevarla al asunto.

Me miró fijamente.

—Usted es un hombre duro —dijo—. Todos los hombres lo son. ¿No es así? Aunque no tanto como él. Pero —añadió— no debo hablar así de Harris ahora que ha muerto, si es que está muerto.

—¿Quién? —pregunté.

Se sonrió.

—Es usted muy precavido, ¿no? ¿Todos los detectives son tan precavidos? Me gustan los hombres así. Roly Peters también lo era. Acostumbraba llamarle Roly-Poly. Eso le ponía de mal humor. No puede imaginarse cómo le molestaba. Pobre Roly-Poly. No está bien reírse cuando ya está muerto, si es que está muerto, ¿no cree?

—Mi querida joven —dije—, nosotros fuimos a su funeral, ¿no?

Sospecho que hablé claramente, porque cambió de actitud. Adoptó un aire muy digno y se sentó, levantándose la falda con mucho cuidado.

—He venido a consultarle, míster Campion —dijo—. He puesto todas mis cartas sobre la mesa. Deseo saber si está usted satisfecho de aquel funeral.

—Ese asunto no me incumbe —le dije, rechazando su insinuación con firmeza.

—¡Ah!, con que no le incumbe. Entonces, ¿por qué estaba usted allí? Mire, yo soy muy franca, míster Campion, y deseo saber la verdad. Había algo raro en aquel funeral y usted lo sabe.

—Mire —dije—, estoy dispuesto a ayudarla.

Me miró fijamente.

—Usted se ha educado en un buen colegio, ¿no? Siempre he pensado que a un hombre le favorece mucho ser culto, de modo que estoy hablando con un caballero. Pues bien, confiaré en usted. No acostumbro a hacerlo, y si usted me desilusiona habré cometido otra tontería más, eso es todo. Estaba comprometida para casarme con Roly Peters, míster Campion, y entonces va y se muere y deja todo su dinero a su hermano. ¿No piensa usted que todo eso es sospechoso?

—¿Usted cree?

Effie Rowlandson me interrumpió:

—Pienso que resulta rara esa muerte —dijo—. Le había amenazado con un abogado, y realmente lo hice. Tenía sus cartas y todo.

Nada añadí y se sintió estimulada.

—Puede pensar lo que quiera, míster Campion, pero tengo mis sentimientos y he

luchado mucho para poder casarme. Pienso que se ha portado muy mal conmigo; así que, si se ha escondido, ya daré con él.

Se sentó mirándome como un gorrión enfurecido.

—He venido a verle porque he oído que es usted detective y me gusta su cara.

—Espléndido, pero ¿por qué ha venido aquí? ¿Por qué venir a Kepesake habiendo tantos otros sitios a dónde ir?

Effie Rowlandson dio un profundo suspiro.

—Le diré la verdad, míster Champion.

Nuevamente sus pestañas se agitaron, y tuve la impresión de que nuestro breve período de cortesía llegaba a su final.

—Tengo un amigo en este pueblo. Él ha visto las fotografías que tengo de Roly Peters. Es un hombre de edad; me conoce desde hace años.

Se interrumpió, observándome para ver si yo estaba con ella o contra ella, y es evidente que se animó, porque continuó sin detenerse.

—Hace pocos días me escribió: “Hay una persona en el pueblo que es muy amiga suya. Si yo fuera usted, vendría y hablaría con ella. Podría serle útil y valdría la pena”.

He venido en cuanto he podido, y cuando llego me encuentro con que a esa persona le han matado. Me enteré de que usted estaba aquí y he venido a verle.

Empezaba a comprender.

—Usted desea identificarle —dije.

Asintió decidida.

—¿Por qué ha venido a mí? ¿Por qué no ha ido a las autoridades?

Su réplica fue contundente:

—Pues porque me parece que confío en usted.

Consideré la situación. Las ventajas de un testimonio en este momento eran inestimables.

—¿Cuándo quiere presentarse en la comisaría?

—Preferiría ir ahora.

Era algo tarde, pero estaba decidida.

—No dormiría si dejase el asunto pendiente hasta mañana. Lléveme ahora en su coche. Cuando me decido a hacer algo no descanso hasta que no lo termino. Me pondría nerviosa, estoy segura.

No había otra alternativa. Sé por experiencia que conviene aprovechar cualquier testimonio en cuanto aparece en escena. Toqué el timbre y encargué que fuesen a buscar a Lugg con el coche. Entonces, dejando a miss Rowlandson en el comedor, salí a buscar a Janet.

No resultó lo que pudiéramos decir una entrevista agradable. Janet es una chica encantadora, pero no muy inteligente que digamos. Cuando se fue a dormir cosa que hizo con aires de dignidad ofendida, volví al comedor.

Lugg se quedó sorprendido cuando aparecí con miss Rowlandson. La metí en la

parte de detrás del coche y me senté al lado de Lugg. Y cuando marchábamos a toda velocidad se dirigió a mí:

—Nunca he visto un gato salir de una perrera —murmuró, y añadió cuando intenté hablar—: Esto es lo que se llama una oportunidad.

Seguimos en silencio. Empezaba a creer que mi amiga miss Effie Rowlandson iba a crearme responsabilidades.

Era una noche extraña, negra, con una gran luna navegando en un cielo infinito. Pequeños grupos de nubes de raras formas la ocultaban de vez en cuando, pero siempre se destacaba blanca y calva, como un enorme tragaluz. Kepesake, que es un pueblo realmente pintoresco de día, aparecía misterioso a la falsa luz de la noche. Los altos árboles eran oscuros y sombríos y ocultaban las casas, mientras la torre cuadrada de la iglesia parecía escondida, como amenazando el cielo transparente.

Cuando subimos hacia el chalet que hacía las veces de Comisaría, había únicamente una luz en una habitación del piso alto. Me volví hacia el asiento de detrás.

—¿Está usted segura de que no quiere dejarlo hasta mañana? —insinué.

Me respondió apretando los dientes:

—No, gracias, míster Campion; estoy dispuesta a llegar hasta el fin. Tengo que saberlo.

Los dejé en el coche y me encaminé hacia la entrada para llamar.

Pussey salió casi al mismo tiempo y se excusó diciendo que estaba a punto de irse a dormir.

—Muy bien, señor —dijo, contestando a mis saludos—. Nosotros estamos dispuestos a ayudarlos en lo que podamos. Si la señorita puede decirnos algo acerca del fallecimiento, es más de lo que el propietario del piso de Londres puede hacer. Vamos, si no le importa.

Fui a buscar a los demás, y juntos formamos un fiero desfile sobre la grava del camino que conduce, rodeándolo, hacia el patio del chalet. Pussey abrió las puertas y cruzamos el cobertizo, que parecía como un aula de escuela.

Tomé a Effie Rowlandson por el brazo. Estaba tiritando y sus dientes castañeteaban, pero no había perdido el valor.

Pussey habló oportunamente:

—Hay un interruptor al lado mismo de la puerta.

Ahora, señorita, no hay nada que pueda sorprenderla. Un momento, señor; iré yo primero.

Abrió la puerta y pasamos juntos hacia el cobertizo. Pussey dio la luz. El asombro, unido al terror, nos dejó parados. La habitación estaba igual que la había visto aquella tarde, a excepción de una notable innovación: La mesa del centro estaba desarmada y la sábana de algodón sobre el suelo, como si la hubiesen tirado sin ninguna ceremonia. Pig Peters se había ido.

CAPÍTULO 8

LAS COSAS SIGUEN SU CURSO

Hubo una larga pausa, nada agradable. No hacía mucho tiempo que había visto la silueta de Pig bajo la sábana, si no me engañaban los ojos. Ahora su imagen se había disipado tan cruelmente que me sentía como perdido. La habitación estaba muy fría y en calma.

Lugg empezó ponderado.

—Ahora resulta que el cuerpo se ha perdido —habló en un tono que se veía que estaba desconcertado—. Inspector, espero que usted lo encerró bajo llave.

Pussey miró bajo la mesa desmantelada y su cara se puso pálida.

—Esto es algo realmente divertido —empezó, y miró alrededor de la habitación como si esperase encontrar la explicación del misterio sobre sus blancas paredes.

Hubo un momento de pánico en el silencio de la noche, en aquel lugar tan tétrico y con el paño del ataúd sobre el suelo.

Pussey hubiera hablado otra vez si no hubiese sido por la exhibición de Effie Rowlandson. El valor la abandonó completamente; se separó de mí, echó la cabeza hacia atrás, como si fuese a gritar; torció la boca en una O de terror. Estaba deshecha y la cogí por los hombros, agitándola tan violentamente que sus dientes chirriaron. Impedí que gritara y me miró llena de coraje.

—Pare —le dije—. ¿Quiere volver al pueblo?

Levantó las manos indicándome la salida.

—Estoy asustada —dijo—. No sé lo que estoy haciendo. ¿Qué me sucede? Usted me dijo que él estaba aquí. He venido a verle y ahora resulta que se ha ido.

Empezó a llorar ruidosamente. Pussey le dirigió una mirada a ella y luego a mí.

—Quizá sería mejor que la joven se retirase a su casa —insinuó.

Miss Rowlandson se agarró a mí.

—No me deje —dijo—. No bajo a The Feathers con esta oscuridad. No quiero, le digo que no quiero. No, mientras él ande por ahí vivo.

—De acuerdo —le dije suavemente—. Lugg la llevará. No hay nada que temer. Ha sido un error. Se han llevado el cadáver. Quizá lo han enterrado.

Pussey levantó la cabeza cuando oyó la última palabra.

—No —dijo—. Estaba aquí hace una hora, porque yo lo encerré con llave.

Effie empezó a llorar otra vez.

—No deseo ir con él —dijo—. No quiero ir con nadie más que con usted. Estoy asustada. Usted me metió en esto y tiene que sacarme de aquí. Lléveme a casa.

Lléveme a casa.

Dio un grito tremendo y Pussey me miró suplicante.

—Quizá quiera usted acompañar a la joven, señor —sugirió con timidez—. Usted lo resolverá mejor. Sería conveniente llamar a sir Leo.

Miré a Lugg esperando su opinión, pero él evitó mi mirada. Y miss Rowlandson dejó caer la cabeza sobre mi hombro en un abatimiento lloroso.

La situación tenía todo el delirio y el disparate de una pesadilla. Fuera, el patio estaba iluminado por una luz lívida. Hacía calor y no corría nada de aire. Effie temblaba tan violentamente, que pensé que le iba a dar un colapso.

—Estaré de vuelta dentro de un minuto —dije a Pussey, y la llevé hacia el coche.

El albergue The Feathers está en un extremo del pueblo. Se encuentra sobre una colina y tiene fama de tener la mejor cerveza, como también es de las mejores residencias de la vecindad.

Effie Rowlandson se deslizó en el asiento delantero, y cuando me senté a su lado se acurrucó junto a mí, todavía llorando.

—Me ha hecho mucha impresión —dijo—. Roly se marchó por sus propios medios; usted, míster Campion, no le conoce tan bien como yo. Cuando me enteré de que había sido asesinado, no lo creí. Es muy hábil y muy cruel. En realidad debe estar escondido en alguna parte.

—Murió esta tarde —dije crudamente—. Y está bien muerto. Y como no ocurren milagros en estos tiempos, probablemente seguirá muerto. No hay motivo para alarmarse. Siento que haya tenido esta experiencia, pero hay probabilidades de que exista una explicación vulgar que nos aclare la desaparición del cadáver.

Estaba impresionado de haber hablado tan crudamente, pero la verdad es que la causa de la muerte de Pig empezaba a ser ilógica y alarmante.

Al salir del pueblo por los desiertos matorrales, tan silenciosos bajo la fría luz, ella temblaba.

—No tengo imaginación, míster Campion —dijo—. Pero con la experiencia se aprende. Suponga que aparece detrás de uno de esos montones de piedras de la carretera y viene hacia nosotros.

—Cállese —dije con más violencia de lo que hubiera deseado—. Está sufriendo un ataque de terror, hija mía. Le aseguro que hay una explicación perfectamente razonable para todo esto. Cuando llegue a The Feathers pida una bebida caliente y váyase a dormir. Mañana encontrará más claro el misterio.

Se separó de mí.

—¡Oh!, usted es muy duro —dijo, volviendo a sus antiguos modales—. Lo dije antes y es verdad, pero me gusta que lo sea, me gusta de verdad.

Sus volubles cambios de humor me desconcertaban, y me alegré de llegar al albergue. Era ya media noche.

—¿Qué puerta es? —pregunté.

—La que pone Club Room. Sospecho que estará cerrada.

La dejé en el coche para ir a llamar a la puerta que había indicado. Durante un rato nadie respondió. Y estaba esperando cuando oí un ruidito ahogado en el interior. Llamé otra vez, y entonces se abrió la puerta.

—Me parece que llega usted bastante tarde —dijo al fin la última voz que esperaba oír, y Gilbert Whippet apareció con una cara muy pálida bajo la luz de la luna.

Le miré boquiabierto y él pareció sorprendido de verme.

—¡Oh!..., Champion —dijo—. Hola, bastante tarde, ¿no?

Estaba protegido por la oscuridad, bajo el arco de la puerta, cuando me aproximé a él.

—¡Eh! —dije cogiéndole por la manga—. ¡Eh!, Whippet, ¿adónde vas?

No me opuso resistencia, pero evitó salir a la luz. Luego me pareció que, si le soltaba, desaparecería hacia al fondo.

—Me marchaba a la cama —murmuró—. Oí que llamaban y salí a abrir la puerta.

—Quédate, tenemos que hablar —le ordené—. ¿Qué estás haciendo aquí?

A pesar mío, un tono severo se insinuó en mi voz. Whippet es tan indeciso que le obliga a uno a ir directamente al asunto.

No me respondió, y repetí la misma pregunta.

—¿Aquí? —dijo, mientras miraba al albergue—. ¡Oh, sí!, resido aquí, únicamente, por uno o dos días.

Estaba irritado y había olvidado por completo a la joven hasta que oí sus pasos detrás de mí.

—Míster Whippet —empezó a hablar sin aliento—, se ha ido, se ha marchado el cadáver. ¿Qué haremos?

Whippet volvió sus ojos hacia ella, y pensé que había un reproche en su mirada.

—¡Ah, miss Rowlandson! —dijo—. ¿Había salido? Ha llegado tarde, ¿no?

Me alegré de ver que ella no quería seguir el juego.

—El cuerpo se ha ido —repetió ella—. El cuerpo de Roly Peters se ha ido.

La información pareció afectarle.

—¿Perdido? —dijo—. ¡Oh!, horrible. ¡Qué cosas ocurren!

Su voz diluía en el silencio y, de pronto, me cogió la mano para saludarme:

—Me alegro de verte, Champion. Hasta otro día. Buenas noches.

Dio unos pasos hacia la puerta y Effie le siguió. Con gran presencia de ánimo puse mi pie en el umbral de la puerta.

—Un momento, Whippet —dije—. Si puedes hacer algo para ayudarnos en este asunto, o si sabes algo es mejor que lo digas. ¿Qué sabes acerca de Peters?

Pestañeó.

—¡Oh!, nada. Acabo de alojarme aquí. Ya he oído lo que ocurre, desde luego.

Cogí su manga otra vez en el momento en que iba a desaparecer.

—Recibiste una de aquellas cartas —dije—. ¿Has tenido alguna más?

—¿Aquel anónimo, dices? Sí, sí, naturalmente. Lo tengo, Champion. Lo tengo por

ahí. Se lo enseñé a miss Rowlandson. Creo que es horrible que se haya perdido el cuerpo. ¿Han mirado en el río?

Fue una pregunta tan inesperada, que me irritó sin motivo.

—¿Por qué en el río? —dije—. ¿Es que sabes algo?

En mi excitación debí de haber estado más severo de lo que me proponía, porque él, de pronto, me contestó irritado:

—Yo miraría en el río —dijo—. Quiero decir que es una cosa natural, ¿no?

Se volvió y cerró la puerta, dejándonos dentro a mí y a miss Rowlandson. Me dejó al pie afuera, sin embargo, y la abrió otra vez. Parecía desconcertado.

—Es bastante tarde —dijo—. No quiero parecer grosero, Champion. Te veré mañana, si puedo; pero no hay nada que hacer hasta que no se encuentre el cadáver. ¿No es así?

Dudé. Había una oportunidad en lo que Whippet dijo. Estaba dispuesto a insistir, porque evidentemente aún podía explicar algo más. ¿Qué estaba haciendo allí con miss Rowlandson, en primer lugar?

En aquel momento de duda aproveché para cerrar la puerta, dejándome afuera.

Le maldije, pero decidí que podía esperar. Volví por el coche y salí.

Cuando iba hacia la Comisaría intenté coordinar la reaparición de Whippet con todo el misterioso asunto.

Cubrí la media milla en casi un minuto, subí hacia el chalet de Pussey al mismo tiempo que otro coche llegaba en dirección opuesta. Cuando salí del coche reconocí al respetable Leo. El joven Pepper iba conduciendo y Leo me saludó desde el asiento de atrás.

—¿Qué tal, Champion? ¡Qué asunto tan extraordinario! Pussey me lo ha contado por teléfono.

Me acerqué a su coche.

—¿Viene usted, señor? —dije.

—Sí, muchacho, sí. Hubiera llegado antes de no ser por la parada que hice para recoger a Bathwick. Parece que ha tenido un pequeño accidente al regresar a su casa, cuando nos dejó esta noche.

Entonces vi la pálida y turbada cara del reverendo Philip Bathwick, quien me sonrió con desacostumbrado afecto.

Estaba empapado. Chorreaba por todas partes como un trapo húmedo.

—Se cayó al río, según me ha dicho —afirmó Leo.

CAPÍTULO 9

“Y QUE PASE USTED UN BUEN DIA, SEÑOR”

— ¿E n el río? —repetí. La idiota observación de Whippet me vino a la memoria—. ¿Seguro?

Bathwick soltó una risita, una risita nerviosa:

—Bueno, casi —dijo—. Quería acortar el camino a casa a través de las salinas y tropecé en uno de los diques. Retrocedí hasta la carretera y sir Leo me recogió amablemente en su coche.

Aquella era una historia fantástica. Con la luz de la luna tan brillante, casi se podían distinguir los colores. Pero Leo no pensaba en ello. Su único deseo era regresar a la escena de la desaparición.

—No tiene importancia. Váyase pronto a casa —dijo—. Pepper le llevará. Tómese un ponche caliente y abríguese bien y quedará como nuevo.

—Gracias, muchas gracias —dijo Bathwick—. Eso es lo que estoy deseando.

No oímos más, porque Pepper, que sin duda estaba dominado por la ansiedad de volver cuanto antes a aquel lugar, apretó el acelerador y desapareció.

Sentí que se marchara. Su raro afecto hacia mí no era la circunstancia menos extravagante de su aparición.

—¿Dónde le encontró? —pregunté a Leo.

—En la parte baja de la carretera. Estaba como si se acabara de zambullir —dijo, mientras Leo forcejeaba con el picaporte de la puerta de la Comisaría con aspecto preocupado.

—Sí, ya lo sé —dije—. Pero salió de Highwaters alrededor de las diez menos cuarto. Pensé que Kingston le llevaría a su casa.

—Y lo hizo, claro —dijo Leo, suspirando profundamente—. Kingston le dejó en la esquina de White Barn y dijo que se fue a su casa a través de los pantanos. No podía haber más de quinientas yardas. Pero el tonto de él tropezó en un dique, perdió el equilibrio y cayó. Todo está claro, Campion. No hay ningún misterio. Vamos, joven, vamos. No estamos para perder tiempo.

—Pero ahora es medianoche —repliqué—. ¿Es que necesitó un par de horas para salir del agua?

—¿Por qué no? —dijo Leo con irritación—. De todos modos, ahora no podemos perder el tiempo en este asunto. Tenemos algo más serio en qué pensar. No me gusta esto de la desaparición del cadáver. No es ninguna tontería. Es indecoroso. Se lo digo como lo siento, Campion. ¡Ah!, aquí está Pussey. ¿Alguna novedad?

Pussey y Lugg venían juntos. Observé sus caras completamente tranquilas y me pregunté cómo Bathwick, que podía evitar una ratonera, no podía hacer lo mismo con un dique.

Pussey, lo vi en seguida, había superado su primera alarma supersticiosa. En aquel momento estaba más asombrado que asustado.

—Es un asunto realmente sucio, sir —dijo.

Nos condujo al cobertizo y nos dio un completo y conciso resumen de sus investigaciones.

—Todas estas ventanas estaban cerradas por dentro, con los mismos pestillos que usted ve ahora, y la puerta también. A las once menos cuarto fui a dar una vuelta a la Comisaría para ver si todo estaba en orden, y el cadáver seguía intacto. Después me fui a la parte de delante de la casa y estuve allí un poco, hasta que subí a mi dormitorio, y ya iba a acostarme cuando míster Campion llegó con esa señorita y míster Lugg, y entonces fue cuando descubrimos que el cuerpo de Pig había desaparecido.

Se interrumpió un momento, suspirando, y Leo balbució:

—La llave ¿la tenía usted?

—Sí, señor.

La reacción natural de Leo ante una historia semejante fue creer que era mentira. Le oí decir a mi lado:

—Pussey, siempre me ha parecido que es usted un funcionario competente, pero ahora está intentando hacerme creer una historia fantástica. Si el cuerpo no salió por la ventana, debió de salir por la puerta, y la única llave la tenía usted.

Pussey tosió.

—Perdón, señor, pero míster Lugg y yo hemos hecho un notable descubrimiento. Este edificio fue construido por míster Royle, que también fué el constructor de la calle, y los edificios de esta manzana, que fueron edificados al mismo tiempo, tienen todos la misma cerradura.

El furor de Leo desapareció y empezó a mostrarse interesado.

—¿Se habrá extraviado una de las otras llaves?

—No, señor. Pero como míster Royle ha hecho muchas obras aquí últimamente, sería probable.

Leo juró y esto pareció aliviarle.

—Bueno, bien, parece que aquí no vamos a conseguir nada —protestó con un rugido—. Me imagino su conflicto para vigilar las puertas, Pussey. Esto es típico en el campo —dijo después suspirando.

Pero Pussey tenía algo más que decir. Con gran orgullo nos condujo al césped que está al lado del cobertizo, con sus bordes de alquitrán, que señala la divisoria de la Comisaría. Todo aquello estaba pisoteado y se veía claramente un camino detrás de la estrecha senda.

—Esto es nuevo —dijo—. Esto fue hecho anoche.

Las pesquisas hechas sobre el sendero no revelaron nada. El suelo era duro y la superficie tenía algo de barro mezclado con trozos de hierba. Fue Pussey quien tradujo el pensamiento de todos en palabras.

—Quien se lo llevó debió de hacerlo entre las once menos cuarto y las once y veinticinco. Parece probable que fuera con un carro o con un coche. Y era persona de peso. Si me lo permite, señor, creo que lo mejor que podemos hacer es esperar hasta mañana, y entonces todo quedará más claro. Opino que no podemos hacer nada con esta oscuridad.

El viejo Pepper recogió a Leo y mandé a Lugg que regresara. Pussey se fue a dormir y yo me marché a dar una vuelta por el sendero que había detrás del cobertizo. La luna se sumergía en el horizonte y ya había un ligero resplandor por el Este. Hacía frío y decidí regresar a casa.

El sendero seguía durante algún trecho entre altos setos. Pussey me había indicado la dirección que debía tomar para llegar nuevamente a la carretera, y me dispuse a hacerlo mientras iba pensando en el asunto.

Leo y Pussey parecían ofendidos. El asesinato les había afectado mucho, pero esta extravagancia, esta alteración de la muerte, les sobreexcitó.

Cuando pensaba en ello me parecía que esa circunstancia era, quizá, lo más claro de todo lo que había ocurrido hasta entonces, porque aunque no tenía pruebas, me pareció que aquello constituía una justificación para la banda de amigos que rodeaban a Poppy.

Estaba considerando tales hechos y Bathwick no se apartaba de mi mente, cuando salí del sendero a un campo de césped que más allá formaba una colina alta y circular que se destacaba en el cielo. Tenía que atravesar ese campo y pasar por otro antes de llegar a la carretera si quería evitarme un par de millas innecesarias.

Era de noche todavía, y según iba obsesionado con mis pensamientos me llegó de pronto, desde la colina, un sonido tan terrorífico que sentí que se me erizaba el pelo en la cabeza. Era la tos de Pig.

Reinaba un silencio absoluto y pudo distinguirlo claramente.

Permanecí quieto un momento, dominado por los ridículos temores de la infancia. Luego subí hasta la colina a toda prisa. El viento silbaba en mis oídos y sentí que me latía fuertemente el corazón. De pronto, al llegar a la cima, vi algo que se destacaba en el cielo gris. Fue algo tan inesperado que me dejó boquiabierto. Era un trípode con algo encima, que a primera vista me pareció una ametralladora, pero que en realidad era un telescopio antiguo montado sobre el trípode.

Me acerqué con cautela y estaba ya cerca cuando una figura se levantó del suelo, detrás de aquel chisme, en actitud de esperarme. Estaba de espaldas a la escasa claridad y únicamente podía distinguir su silueta. Me detuve y, a falta de otra cosa mejor, dije lo más tonto que se puede decir en tales circunstancias:

—Buenos días.

—Lo mismo le digo, señor —contestó una de las voces más desagradables que he

oído en mi vida.

Vino hacia mí, y le reconocí por su especial manera de andar.

—Creo que le llevo cierta ventaja, señor —dijo—. ¿Es usted míster Campion?

—Sí —contesté—. ¿Y usted es míster Hayhoe?

Se rió con cierta afectación.

—Para servirle —murmuró—. Para servirle. Intentaba tener con usted una entrevista. Estaba pensando en qué medio podría usar para conseguirla con carácter privado. Así es que esto ha sido una oportunidad inesperada. Lo que no podía sospechar es que al amanecer pudiese encontrar un hombre de su edad paseando, cuando la mayoría de la gente joven, en estos tiempos, son refractarios a madrugar.

—Usted también se ha levantado pronto —dije, echando una mirada al telescopio—. ¿Quería ver la salida del sol?

—Sí —dijo, y volvió a reír—. La salida del sol y otras cosas.

Era una conversación disparatada allí en la colina, a las dos de la madrugada, y se me ocurrió pensar que debía de ser uno de esos amantes de la naturaleza que van por el campo a la busca y captura de pájaros. Pero pronto cambié de idea.

—Sé que está usted haciendo pesquisas en relación con la muerte del desgraciado Harris —dijo—. Ahora, míster Campion, le puedo ser muy útil. Quiero hacerle una proposición. Por una cantidad razonable, que podríamos fijar de mutuo acuerdo, me comprometo a darle cierta información muy interesante, información que le llevaría mucho tiempo conseguirla usted solo y que le puede proporcionar una conclusión definitiva del caso. Su reputación profesional quedaría acreditada, y yo, desde luego, tendría mi beneficio correspondiente. Ahora podemos acordar las condiciones...

Estaba inquieto y solté una carcajada. Me acordé de la tos que había oído.

—¿Harris era pariente de usted, si no me equivoco?

Se alzó con gesto de orgullo y levantó los hombros.

—Sobrino —dijo—, y no muy servicial. Era bastante rico y, como usted puede imaginar, no soy de esa clase de hombres que tienen la costumbre de pasar sus vacaciones en una miserable cabaña, o las tardes paseando por el campo desierto.

Fue entonces cuando me acordé de algo. Después de todo, hasta ahora yo era la única persona que conocía la relación entre Roly Peters y Harris, a excepción de Effie Rowlandson, que tenía sus sospechas.

—Permítame —murmuré—. ¿Qué es de su sobrino Rowland Peters?

Ante mi pregunta prefirió salirse por la tangente.

—Tengo varios sobrinos, míster Campion, o mejor dicho, los tuve —dijo con picada dignidad—. Odio agotar los temas insistiendo sobre el asunto, pero lo considero como una entrevista de negocios. Las condiciones primero, si no le importa. Podríamos fijar quinientas guineas por una explicación completa del asunto. Desde luego puede usted discutir la cantidad, si lo prefiere.

Mientras esperaba mi respuesta tuve una idea.

—Míster Hayhoe —dije—, ¿qué hay de eso del topo?

Se le escapó una ligera admiración, pero se dominó en seguida.

—¡Oh! —dijo, y adoptó un tono precavido y respetuoso—. ¿Desea también saber algo sobre el topo?

CAPÍTULO 10

EL VERMUT DEL PÁRROCO

No contesté. Dada mi completa ignorancia en el asunto, era muy poco lo que podía decir. Permanecí silencioso y algo enigmático. Sin embargo, él insistió:

—No tengo nada decidido —dijo inesperadamente—, pero puede llegarse a una conclusión. Es una aportación valiosa y usted parece ser de una inteligencia insospechada, si puedo decirlo sin que se ofenda.

Suspiró y se sentó en el suelo, sobre el césped.

—Sí —continuó, cruzando sus piernas—. Podemos llegar muy lejos usted y yo si llegamos a un acuerdo. Y acerca de las condiciones... No me gusta insistir, pero, por el momento, mis asuntos financieros están en un desastroso desorden. ¿Hasta dónde está usted dispuesto a llegar?

—Ni una sola libra —dije en forma terminante, aunque con cortesía—. Si sabe algo sobre la muerte de su sobrino, es su deber ponerlo en conocimiento de la Policía. Míster Hayhoe se encogió de hombros.

—Bueno —dijo, lamentándose—. Yo le doy una oportunidad y usted puede rechazarla si quiere.

Me volví dispuesto a marcharme, esperando que me llamase, y así lo hizo.

—Escuche, joven —dijo, dando unos pasos, dispuesto a bajar la colina—, no tenga prisa. Vamos a tratar el asunto en términos razonables. Si yo puedo darle una información, ¿por qué se molesta?

—Si sabe algo de importancia —dije vuelto de espaldas—, no parece que esté dispuesto a decirlo.

—Usted no me comprende —dijo con cierto alivio—. Mi situación está perfectamente a salvo. No tengo nada que perder, al contrario. Se trata de que poseo un valor que intento liquidar. Hay dos compradores probables. Uno es usted mismo, y otro es cierta persona cuyo nombre no hace al caso. Naturalmente, me inclinaré ante el mejor postor.

Me está molestando, míster Hayhoe —dije—.

Estoy cansado. Quiero irme a acostar. Está haciéndome perder el tiempo y usted también está perdiendo el suyo. Perdone que sea tan claro, pero es así.

Se levantó.

—Mire, Campion —dijo cambiando de tono—, puedo decirle a usted algo interesante, si lo desea. La Policía puede detenerme si quiere, pero no lo harán porque

no tienen nada contra mí. Cómo yo no hablaré, nada sabrán del asunto. Puedo ponerle a usted en la pista si llegamos a un acuerdo. ¿Cuánto da usted?

—En este momento, muy poco —dije—. Media corona, quizá.

Se rió.

—Creo que puedo conseguir más que eso —dijo suavemente—. Mucho más. No soy un hombre rico. En este momento, y que quede entre nosotros, tengo muy poco. Suponga que nos encontremos mañana por la mañana, a eso de las siete. Me daría un respiro de veinticuatro horas. Si no consigo mejor postor puedo rebajarle un poco. ¿Qué dice usted?

Era un asunto poco grato, pero era preferible seguir la corriente.

—¿Y por qué no hablamos del topo? —dije intencionadamente.

Me guiñó un ojo.

—Muy bien —agregó—, del topo y de otras cosas. Entonces nos veremos aquí, a las siete, mañana.

Cuando me marchaba se me ocurrió una idea.

—Respecto a su otro comprador —dije—, yo, en su caso, no se lo propondría a sir Leo.

Esta vez su risa fue espontánea.

—No es usted tan inteligente como suponía —dijo.

Con franqueza, desde entonces me pareció un chantajista. Al mismo tiempo pensé que estaba justificado dejarle veinticuatro horas para que urdiera su plan, pero entonces, como ya he dicho, no conocía el tipo de persona con quien tenía que habérmelas. De todos modos recordaba aquella inesperada conversación en la colina.

Cuando llegué, fatigado, a Highwaters ya amanecía. El aire era fresco y el cielo transparente y azul, mientras los pájaros cantaban con alegre despreocupación. Cuando me acercaba ocurrió algo raro. Janet, que nada tenía que hacer para estar levantada a aquellas horas, apareció en su balcón. La miré sorprendido, con una mezcla de sorpresa y alegría.

—Buenos días —dije inocentemente.

Ella se ruborizó.

—Espero que habrás dejado a miss Rowlandson a salvo en su casa —dijo, y se retiró a su habitación antes que pudiese darle explicaciones.

Me di un baño caliente y dormí durante dos horas, pues Leo me despertó a eso de las ocho. Fuimos a dar un paseo por el jardín antes del desayuno y le planteé mis dudas.

—Estupenda idea —dijo—. Telefonaré a Pussey. Hayhoe es un hombre extraordinario. ¿Tú crees que hay alguna razón para sospechar?

Le hablé de la conversación en la colina, y al principio parecía dispuesto a detenerlo inmediatamente.

—Creo que no lo debemos hacer, señor —dije, oponiéndome—. No sabe dónde se ha metido, a no ser que esté haciendo un juego peligroso. Él mismo vendrá a

nosotros con algo más interesante.

Así sucedió. Desde luego era perfectamente posible, pero ninguno de nosotros lo sospechaba entonces.

Janet no apareció a la hora del desayuno, pero no tuve tiempo de pensar en ello, porque Kingston llegó antes que terminásemos de comer. Estaba excitado y parecía más joven de lo que aparentaban sus cuarenta años, cuando llegó dando zancadas, con su pelo rubio alborotado y sus ojos dormidos, a pesar del brillo que había en ellos.

—Lo he encontrado —nos advirtió nada más llegar—. He perdido media noche revolviendo papeles, pero he llegado hasta el fin. La casa que trataba en los negocios de Peters era la de Skinn, Sustain y Skinn, de Lincolns Inn Fields. ¿Qué tal?

Dejó que el nombre hiciera su efecto y me miró intrigado.

—Puedo disponer del día y hacerles la visita por usted, si le parece. ¿O quizá quiere ir usted mismo?

No quise chafarle su entusiasmo, aunque me pareció que su vida debía de ser un aburrimiento increíble, puesto que se mostraba tan interesado en jugar a detective.

—Pues; no —dije—. Es mejor esperar todavía algún tiempo. El cuerpo ha desaparecido, ¿sabe usted?

—¿Es posible?

Parecía encantado. Yo le expliqué:

—Las cosas han cambiado. Me parece que tendrá que dejar esos procuradores por un día o dos. ¿Cree usted que podría yo hacer algo? Tengo que ir a Halt Knights a ver a mi paciente, pero después estoy por completo a su disposición.

—Yo también tengo que ir a casa de Poppy; si no le importa, iré con usted.

Leo estaba en el teléfono hablando con Pussey, y yo fui a contarle aquello rápidamente. Me escuchó con inesperada comprensión.

—Un momento —dijo cuando acabé—. Crees que hay alguna relación entre Peters y Harris y quieres que hable con el procurador para tratar de identificar el cadáver, ¿no es eso?

—Sí, eso. Supongo que al menos tendrán en Londres algunos datos referentes a ellos, y lo que deberíamos saber, ante todo, es cómo consiguió Harris aquel dinero y si estaba asegurado o no. Es un poco como dar palos de ciego, pero con todo, no deja de ser una oportunidad.

—Muy bien —replicó—. Todo lo que pueda ser de alguna utilidad... Pussey va a enviar un detective para que vigile a ese Hayhoe.

Se detuvo bruscamente y se quedó mirándome.

—Espero que eso no nos traiga complicaciones.

—Me voy a Halt Knights —murmuré.

—Luego iré yo —añadió—. Pero sobre todo no asustes a esta pobre Poppy. No puedo creer que tenga nada que ver en este asunto, la pobrecilla.

Kingston estaba esperándome. Tenía un aspecto eufórico, como si los

acontecimientos le sirvieran de estímulo.

Al sentarme a su lado en el coche me dijo:

—Aquí nunca sucede nada, así que no sería yo un ser humano si no me tomara algún interés. Resulta chocante ver cómo reaccionan las personas ante las tragedias de los demás. Yo no conocía a Harris, desde luego, pero por lo que pude apreciar, no me hacia ninguna gracia. Yo diría que sin él estamos mejor. Le vi solamente cuando murió, o mejor dicho, una hora antes, más o menos.

Yo iba pensando en mis problemas, pero no quise parecer descortés y le pregunté:

—¿Cuándo fue eso?

Me pareció que estaba deseando contestar.

—Una vez que fui a Halt Knights a ver a una enferma. Me lo encontré en la escalera. Pasó rozándome, con la lengua fuera, y ni siquiera me saludó. Ya sabe usted qué clase de hombre era.

—Esa paciente suya —empecé— habrá estado todo el tiempo en su cuarto cuando ocurrió el accidente, ¿no?

—¿Quién, Flossie? —preguntó sorprendido—. Sí, claro; pero de nada sirve, porque su habitación está muy alejada y, además hace un par de días estaba casi en el otro mundo. Ahora ya está mejor; le preguntaré si oyó algo.

Le recomendé que no la molestara, y él continuó charlando de una cosa y otra todo el camino. A mí se me ocurrió pensar que un hombre que tiene necesidad de un crimen para sentirse interesado por algo, tiene que llevar una vida completamente mediocre.

Al llegar subió directamente a ver a la enferma y yo me quedé con Poppy en el cuarto de estar. Pareció alegrarse de verme y en seguida me ofreció una copa. La seguí al bar y me apresuré a hacerle la pregunta que tenía en la cabeza antes que volviera Kingston.

—¿No recuerda usted de nadie que estuviera aquí un poco antes del accidente, que se marchase antes que ocurriera?

Se detuvo un momento, mientras sacaba de la nevera unos trocitos de hielo.

—No, no estuvo nadie, a menos que cuente usted al párroco.

—¿Quién, Bathwick?

—Sí, siempre viene a dar una vuelta a eso de las doce; se toma una copa y se va rápidamente otra vez. Ayer le vi que salía, como de costumbre, por el jardín de detrás, que da al patio de la parroquia. ¿Por qué?

Me quedé durante un rato mirando el hielo que había en mi vaso, y entonces fue cuando lo comprendí todo.

Desgraciadamente, solo había imaginado, como luego se verá, la mitad de aquel embrollo.

CAPÍTULO II

¿POR QUE LE AHOGARON?

Todavía estaba con ello cuando Poppy me tocó en el brazo. Me volví y la vi con la cara roja y llena de ansiedad.

—Albert —dijo en tono confidencial—, no puedo hablar ahora porque Kingston viene hacia aquí, pero quiero decirle algo. ¡Silencio! Ya está ahí.

Se volvió y se puso a hacer que hacía con los vasos del bar. Entonces entró Kingston muy alegre.

—Ya está bien —dijo mirando a Poppy—, o al menos lo estará dentro de un día o dos. Lo que no debe hacer es comer cosas pesadas. ¿Quiere venir a verla, Champion?

Poppy le miró interrogante y él se explicó. Entonces ella se echó a reír.

—Es una buena chica esta Flossie.

Kingston se mostraba muy insistente, hasta el punto de resultar desesperante si no es porque había algo urgente que hacer. Al fin subimos a la guardilla, después de recorrer una enorme cantidad de pasillos e inesperadas escaleras.

En cuanto vi a Flossie comprendí que estaba bien, aunque con aspecto patético e indiferente, Kingston le hizo varias preguntas: que si había oído algo; que si había sucedido algo fuera de lo normal el día anterior, etc., a todo lo cual contestaba que no, con la paciencia característica de una persona enferma.

Salimos de su habitación y fuimos a echar otra mirada al desván. Estaba tal como lo dejé. Kingston se daba mucha importancia y, evidentemente, estaba orgulloso de su nuevo papel.

—Ahí hay un arañazo —dijo, señalando a algo que ya había yo notado—. ¿No le dice eso nada, Champion? Parece reciente. ¿Qué opina usted de tomar las huellas?

Al fin, conseguimos librarnos de él. Se ofreció a llevarme a la Comisaría, pero me excusé diciendo que me esperaba Leo. Mientras le decía esto vi que Poppy cambiaba de color. Nos quedamos mirando por la ventana cómo desaparecía a lo lejos el coche de Kingston. Entonces Poppy suspiró.

—Están desesperados los pobres —dijo—. Este es un buen chico, pero cada vez que va a ver a sus enfermos todo el mundo tiene que comentar algo. Debe de ser terrible hacer esas visitas día tras día, sin tener nada que decir, ¿no le parece?

—Sí, eso creo —repuse—. Pero, a propósito, ¿qué tenía usted que decirme?

No me contestó en seguida y su cara tomó la expresión de la de un niño que ha cometido una falta y tiene que hacer una confesión.

—Ayer tuve unas palabras con Leo. No es que me importe mucho, claro, aunque

me guste estar a bien con mis clientes, bueno, amigos. Creo que se ha molestado porque le dije una pequeña mentira y después me negué a darle explicaciones. Ya imaginará lo que sucedió.

Se detuvo, mirándome:

—Sí, me lo imagino —dije aliviado.

—Lo gracioso del caso es que no tiene ninguna importancia —continuó, mientras jugaba con sus sortijas—. Aquí a todo el mundo le gusta parecer *snob*, Albert.

—No comprendo a qué se refiere.

—Pues a ese Hayhoe —dijo con fuerza—. Es un terrible lioso, aunque probablemente muy humano.

—Un momento; no sé si comprendo bien. ¿Es amigo suyo?

—No, por Dios, amigo, no —dijo esto rechazando con fuerza la palabra amigo—. Pero vino a pedirme ayuda la semana pasada.

—¿Le pidió dinero?

—No, no. Desde luego anda mal de fondos y puedo haberle prestado una libra o dos en varias ocasiones, pero no es eso. El caso es que vino a verme unos dos días antes de que ese dichoso Harris lo hiciera, y ya iba yo adivinando qué clase de persona era cuando este pobre hombre me lo contó todo. Me dijo que Harris era su sobrino y que, por no sé qué asuntos que ahora no recuerdo, le había sacado todo su dinero. Por lo visto quería verle en privado para tratar de recuperarlo, y me pidió que le ayudara. Yo le llevé a la habitación de Harris.

—¿Cómo? —pregunté alarmado.

—Bueno, le enseñé dónde estaba y le dejé que subiera. Esto fue hace unos días. Tuvieron una discusión terrible y desde entonces no volvió Hayhoe por aquí hasta anoche, cuando le vio Leo. Yo no quise explicarle toda esa historia, porque aquello no serviría de nada en el esclarecimiento del asunto. Así que hablé poco y Leo se enfadó. Por favor, acláreselo usted. ¿Quiere otra copa?

Le prometí que haría lo que pudiera.

—¿Cómo sabe usted que Hayhoe no estuvo por aquí ayer por la mañana?

Me miró como si pensara que era un imbécil.

—Pues porque yo sé lo que ocurre en mi casa. Ya sé que todos creen que soy una vieja tonta, pero no lo estoy del todo. Además, ya han interrogado a todo el mundo.

—¿Y por qué vino Hayhoe ayer?

—¿Por la tarde? —parecía dudar todavía—. Es difícil de explicar. Solamente para ofrecerme su ayuda, viendo cómo estaba de apurada con toda esta gente a mi alrededor.

Se quedó pensativa un momento, y después continuó:

—Verdaderamente creí que venía solo a tomar una copa.

—¿Le prestó dinero otra vez? —pregunté con aire indiferente.

—Media corona solamente. Pero no se lo diga a Leo. El piensa que estoy chiflada.

Volví a pensar en Bathwick, y ella me condujo al jardín que da a la parroquia. Había un pasadizo completamente cubierto de follaje. Cuando regresábamos me volví hacia ella.

—Mire —le dije—. Ya sé que ha estado aquí la Policía haciendo indagaciones, y no pretendo ser más listo que ellos; pero ¿cree usted de verdad que pueden averiguar algo con preguntas tontas si no saben que alguien estuvo arriba antes del accidente? Bathwick pudo también haber vuelto fácilmente.

—¿El párroco? Por Dios, ¿no irá usted a pensar...? No, no puede ser.

—Claro que no —me apresuré a contestar—. Solo quería saber si había subido al piso de arriba. Eso es todo.

—Procuraré averiguarlo —dijo con decisión.

Le di las gracias y añadí algo sobre los inconvenientes de la maledicencia.

—¡No me diga que ese es su coche! —añadió con alegría.

Nos apresuramos hacia él, corriendo Poppy con sus rizos grises al viento, pero no era Leo sino Lugg el que salió del coche. Vino hacia mí con la mismísima estampa de la excitación retratada en su cara de luna.

—El general quiere que vaya usted a la Comisaría —dijo apresuradamente.

—¿Encontraron el cadáver?

Pareció contrariarle la pregunta.

—Haga uso de ese sexto sentido que usted tiene. Buenos días, señora —esto lo dijo saludando a Poppy por encima de mi hombro, en memoria, creo yo, de muchas cervezas pasadas.

—Lo siento mucho —expliqué—, pero tengo que marcharme. Leo me está esperando en la Comisaría, porque ha debido de ocurrir algo. Le mandaré para acá cuando todo quede arreglado.

Me estrechó la mano.

—Hágalo, Albert. Dígale que he sido una tonta y que lo siento, pero que no haga referencia a ello cuando venga a verme.

Me senté al lado de Lugg.

—¿Dónde estaba?

—En el río. Por favor, calma. Un pescador lo recogió.

Yo no lo escuchaba. Iba pensando en Whippet, en él, y en los anónimos, y en Effie Rowlandson. Decidí, que debía, hablar unas palabras con él.

Lugg estaba como sobre ascuas.

—Verdaderamente hemos venido a parar a un sitio muy, divertido. Primera matan a uno de un golpe en la cabeza y después lo echan al río; algunos no están satisfechos nunca.

Aquello, precisamente, era lo que me hacía pensar. ¿Por qué echarlo al río, donde pronto o tarde le iban a encontrar?

Llegamos pronto y encontramos allí a Leo y a Pussey, y con ellos a los dos pescadores que hicieron el descubrimiento, muy nerviosos por cierto. Leo barboteaba

como un loco:

—Esto es un ultraje. ¡Y que una desgracia así pueda ocurrir en mi propio pueblo! No veo por qué tenga Wanton que ver en el asunto.

—¡Ah!, ¿no?

Se quedó mirándome con incrédula expresión, porque Leo tiene una fe extraña en la honradez de sus hombres.

—Necesitamos un hombre maduro —dije—. Alguien con suficiente habilidad y en quien se pueda confiar en cuanto a discreción.

Se quedó pensando.

—Tenemos al viejo profesor Farringdon, en Rushberry —dijo al fin—. Él nos resolvió algo parecido hace unos años, pero en ese caso no sé si está justificada una autopsia.

—Siempre está justificada en caso de muerte violenta —señalé.

—Desde luego. ¿Se te ocurrió esta idea al ver el cadáver?

—No —contesté con sinceridad—. Pero el agua tiene una propiedad especial, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que el agua lava las cosas —contesté, y salí a buscar a Whippet.

CAPÍTULO 12

EL ELEMENTO DISTURBADOR

C así había llegado al coche cuando algo me vino a la memoria en la confusión del momento. Volví corriendo a buscar a Pussey.

—No se preocupe. Está vigilado —dijo, tranquilizándome.

Yo dudaba todavía.

—Hayhoe es de los que saben escurrirse —aventuré—, y debemos procurar por todos los medios que no se alarme.

Pussey no se ofendió, pero debía creer que yo era un quisquilloso.

—Birkin está encargado de seguirle y él no tiene por qué darse cuenta. Puede usted estar tranquilo.

Ya me iba a marchar cuando Leo me cogió por la solapa. Estaba dudando sobre la necesidad de una autopsia y tuve que volver y echar otra mirada al patético cuerpo de Pig. Aparecieron una o dos señales interesantes, y al final le dejé convencido.

Se había hecho algo tarde y llegué a The Feathers un poco antes de las dos. La patrona, una típica inglesa del Este, delgaducha y reticente, no me fue de mucha utilidad. Me costó trabajo meterle en la cabeza que era a Whippet a quien quería ver.

—¡Ah! —dijo al fin—, un joven que habla muy suave; no, no está aquí.

—Pero anoche durmió aquí —insistí.

—Sí, es verdad —agregó—, pero ahora no está.

—¿Va a volver?

—No sé.

Se me ocurrió que quizá Whippet le había dicho que guardara silencio, pero esto iba en contra de su carácter. Con esto creció mi interés.

Tampoco había señales de miss Rowlandson. También ella parecía haberse desvanecido, aunque la patrona no parecía dispuesta a decirme si lo habían hecho juntos o separados.

Por fin tuve que volver al Highwaters. Llegué tarde, y Pepper me sirvió a mí solo en el comedor, con un aire triste y nada acogedor.

Con unas cosas y con otras estaba perdiendo puntos en su estimación.

Cuando terminé de comer se volvió hacia mí.

—Miss Janet está en el jardín, señor —dijo, convencido de que, con crimen o sin él, era su huésped y me debía cierta deferencia.

Acogí su tono de censura con humildad y salí. Hacía un día caluroso, sin llegar a ser molesto. Había flores por todas partes y el aire estaba sereno y apacible.

Mientras paseaba por el césped oí el sonido de unas voces, y algo que me pareció familiar en ellas me llamó la atención. Había dos sillas de espaldas a mí y oí a Janet que reía.

Al oír que me acercaba, su compañero se levantó. Le vi la cabeza por detrás y experimenté una sensación extraña, mitad de alivio y mitad de desesperación. Era Whippet, que se acercó a mí con aire tranquilo y muy elegante con sus pantalones blancos de franela.

—¡Campion!, por fin. Le he estado buscando por todas partes, amigo mío.

Ésto lo dijo adelantando hacia mí una mano lánguida.

—He estado ocupado —contesté con desgana—. ¡Hola, Janet!

Me sonrió.

—Es un gran amigo suyo —comentó con una innecesaria elevación de la voz en la palabra amigo—. Siéntese.

—Es verdad. Acerque esa silla —corroboró Whippet.

Me senté enfrente de ellos. Whippet me observaba con interés mientras abría la silla, que era de esas plegables.

—Son unos chismes complicados.

Esperé que continuase, pero parecía muy satisfecho dejándose acariciar por el sol al lado de Janet, sin más ocupación que la de parecer elegante.

—Lo han encontrado en el río, ¿sabe? —empecé diciendo.

Él asintió:

—Eso he oído decir en el pueblo. Todo el lugar está conmovido por la tragedia y hay una inquietud extraordinaria. ¿Lo ha notado?

Me sacaba de quicio, hasta el punto de que volví a sentir deseos de pegarle como la primera vez que le vi, siendo ya mayores.

—Tendrá usted que explicarme muchas cosas —dije, deseando que Janet desapareciese.

Me sorprendió su contestación.

—Ya lo sé, por eso le estuve buscando. Miss Rowlandson está muy molesta. Ha ido a la parroquia y no sé qué aconsejar.

—¿A la parroquia? ¿Para qué?

Janet escuchaba con interés.

—¡Oh!, ya sabe; cuando se está en un aprieto en un pueblo siempre se acude al párroco, ¿no? Buenas obras y todo eso. Sí, esto me recuerda algo. Me llegó esta mañana y en cuanto lo vi pensé: Campion debería echar una mirada a esto, le interesaría. ¿Lo ha recibido usted también?

Me alargó una hoja de papel doblada y escrita a máquina.

—Lleva el mismo sello que los otros —dijo—. Tiene gracia, ¿no? Yo no creo que sepa nadie que estoy aquí, excepto usted, y apenas ha tenido tiempo, aunque...

Guardó silencio y me puse a leer el tercer anónimo. Este era corto, escrito con la misma máquina y con igual esmero que los anteriores:

Aunque el cazador está cerca, su tranquilidad está en la tierra.
Esperó pacientemente y su corazón está lleno de esperanza.
Juntó las manos sobre el regazo
y su fe puede trasladar las montañas.

No había más.

—¿Qué va a hacer con ello? —pregunté al fin.

—Nada —dijo Whippet—. Nada.

Lo leí otra vez.

—¿Quién es él?

Whippet desvió la mirada.

—No podría decirlo. Creo que debe de ser ese topo del que habla; ya sabe, eso de las montañas. Janet se echó a reír.

—Supongo que sabrán ustedes de lo que están hablando —dijo.

Whippet se levantó.

—Creo que debo irme ahora que he encontrado a Champion y hemos aclarado esto. Gracias por todo, miss Pursuivant; ha sido usted muy amable.

Le dejé despedirse y después insistí en acompañarle hasta la puerta.

—Mire, Whippet —dije en cuanto estuvimos lo suficientemente lejos para no ser oídos—, tendrá que explicarse. ¿Qué tiene usted que ver en todo esto? ¿Por qué está usted aquí?

Me miró con disgusto.

—Por esa chica, Champion. Tiene una gran personalidad. La conocí en el funeral de Pig y se las arregló para acapararme. Ayer quiso que la trajera aquí en el coche.

Era una historia difícil de creer de otro que no fuera Whippet, pero en su caso me incliné a aceptarla.

—Bueno, y las cartas ¿qué?

Se encogió de hombros.

—Los anónimos se rompen, ¿no? Se rompen, o se guardan, o se ponen en un marco. Lo que sea menos tornarlos en serio. Pero cuando se recibe uno y otro y otro, uno se pregunta: ¿Quién demonios me manda esto? Resulta molesto, pero me gusta ese topo. Estaré en The Feathers, Champion. Le doy mi palabra de que me quedaré allí. Venga a verme cuando tenga tiempo y hablaremos. Adiós.

Le dejé que se marchase. Hablando con él parecía imposible que tuviera la energía suficiente para meterse en un lío tan complicado como aquel asunto nuestro.

Cuando volvía al jardín pensé por primera vez con seriedad en aquello del topo. Casi todo lo que Whippet había dicho sobre los anónimos era verdad. Hayhoe era un hombre educado y Bathwick también lo era; pero aun con eso, ¿por qué habían de enviarnos los anónimos a los dos, a Whippet y a mí? Todo esto me parecía inexplicable.

Janet vino hacia mí. No parecía contenta.

—No quiero meterme en asuntos ajenos —dijo con un tono que sugería exactamente lo contrario—, pero creo que no debería usted permitirle que molestara al pobre Bathwick.

—¿A quién? —pregunté poniéndome en guardia.

Janet pareció centellear de rabia.

—¡Oh!, ya sabe usted quién digo... Esa estúpida y despreciable de Effie Rowlandson. No le gustaría que la trajeran aquí sin que pudiera después echar sus garras sobre las pobres gentes que no pueden defenderse. No me gusta hablar así, pero usted, Albert, debería saber que no obra bien.

No me interesaba hacer un panegírico de Effie Rowlandson, pero estaba cansado y resentido de ver que me ponían siempre a Bathwick como un cordero inocente.

—Querida señorita, usted habrá oído que Bathwick volvió a casa anoche completamente mojado. A Leo le contó una historia absurda de que se cayó en un dique por el camino. Sin embargo, parece ser que necesitó dos horas para salir de allí y llegar a la carretera principal otra vez, y yo me terno que tendrá que explicar cómo ha vuelto a aparecer el cuerpo de Harris.

Mientras hablaba no la estaba mirando, y el grito que dio me hizo levantar la cabeza. Tenía las mejillas rojas y los ojos muy abiertos y asustados.

—¡Oh! —dijo—, es terrible.

Y antes que pudiera impedirlo echó a correr y se metió en la casa. Yo la seguí, pero se había encerrado en su dormitorio, y una vez más me puse a pensar con furia.

Entré en la biblioteca, que era una habitación grande, un poco antigua de mobiliario y en la que apenas entraban los Pursuivants. Hacía frío y olía a papel. Me senté en un sillón de cuero y me dediqué a pensar, pero la falta de descanso de la noche anterior me lo impidió. Cuando me desperté vi a Janet en pie ante mí. Estaba pálida, aunque parecía resuelta.

—Creí que se había marchado —dijo sin aliento—. Es muy tarde, Albert, pero tengo algo que decirle. No puedo permitir que molesten a Bathwick por algo que no hizo, y sé que preferiría morir antes que decírselo a él mismo. Si se ríe, no volveré a hablar con usted.

Me levanté y procuré despabilarme. Estaba encantadora con aquel vestido blanco y me miraba retadoramente.

—Nunca sentí menos ganas de reír en mi vida —dije sinceramente—. ¿Qué es eso de Bathwick?

Tomó aliento.

—Que no se cayó en un dique, sino en un estanque.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabe?

—Le empujé yo —dijo con voz apagada. Y dispuesta a continuar, explicó—. Anoche, después que usted llevó a miss Rowlandson a casa, salí al balcón. Hacía una noche muy clara y vi que alguien merodeaba por el jardín. Creí que era mi padre, que

andaba preocupado, y salí a hablar con él. Era Bathwick. Nos pusimos a pasear juntos, y cuando estábamos cerca del estanque..., ¡hum!

Se detuvo.

—¿Le pidió su mano de un modo demasiado impetuoso? —sugerí.

Asintió agradecida.

—Le empujé y perdió el equilibrio. En cuanto me aseguré de que estaba a salvo volví a casa. Espero que no tendré que contárselo a nadie más.

—No —murmuré—, no creo.

Me sonrió.

—Verdaderamente es usted muy bueno, Albert.

Y, claro, en ese momento me llamaron por teléfono. Era Poppy. No ha conseguido todavía acostumbrarse a ese instrumento y tuve que mantener el receptor separado hasta que pude enterarme del recado.

—He hecho su encargo —barbotó—. No creo que usted volviera, al menos, nadie lo ha visto. Pero ¿quién creerá que ha estado merodeando ayer por el almacén? Nunca lo hubiera creído de él, parecía tan sincero. ¿Que quién? ¡Ah!, ¿no se lo he dicho? Pues el tío, Hayhoe, claro. Trotando por allí como si le perteneciera todo aquello. La chica que le vio creyó que yo le había dado permiso. No se puede poner la mano en el fuego por nadie.

CAPÍTULO 13

ESPANTAPÁJAROS EN JUNIO

Janet estaba a mi lado cuando colgué el teléfono.

—¿Qué es? —preguntó con ansiedad—. Era la voz de Poppy, ¿no? ¡Oh!, Albert, tengo miedo. ¿Es que ha sucedido algo más?

—No, por Dios —dije aparentando una tranquilidad que no sentía—. No hay nada que temer; al menos, no creo.

Me miró.

—El asunto de Bathwick está arreglado, ¿no?

—Claro que sí —le aseguré alegremente—. Sin embargo, es mejor que me vaya. Tengo que arreglar algo muy importante y debo hacerlo pronto.

Lugg trajo el coche y fuimos juntos a la Comisaría. Leo estaba todavía con Pussey y me dio pena de verle tan cariacontecido. Aquel asunto le deprimía; le habían aparecido arrugas en la cara y tenía los ojos más brillantes que de costumbre por la ansiedad.

—¿Han arrestado a Hayhoe? —preguntó—. De verdad, creo que no lo podemos hacer. Podemos traerle aquí e interrogarle, pero no detenerle. Carecemos de pruebas evidentes.

No quería molestarle, pero estaba terriblemente inquieto.

—Tienen que hacerlo. Aunque sea buscando otro motivo.

Leo parecía horrorizado.

—¿Tenderle una trampa? —dijo—. ¡Monstruo!

No había tiempo para explicarse, y de todas formas yo no tenía prueba alguna.

—Al menos téngale aquí durante veinticuatro horas —rogué.

Leo frunció el ceño.

—¿Qué es lo que se te ha metido en la cabeza? Parece que sabes algo.

—No sé —dije aparentando tranquilidad—. Vamos por él de todas maneras.

Dejando a Leo que considerase la cuestión del arresto, Pussey y yo bajamos en el Lagonda a casa de mistress Thatcher. Recogimos a Birkin, que estaba apoyado en una cerca al otro lado de la carretera. Era un joven agradable y de aspecto tímido. Llevaba un traje muy usado color *beige*, y nos contó lo que había averiguado en un abrir y cerrar de ojos.

—Ha estado en casa todo el día —dijo—; en la habitación que está encendida. Si miran lo verán.

Señaló a una sombra que había al lado de las cortinas descoloridas, y entonces me

sentí desfallecer. Se trataba de una chaqueta y un almohadón puestos en el respaldo de una silla.

Pussey lo estuvo mirando cuando entramos en la habitación, y cuando habló lo hizo con calma y procurando dominarse.

En cambio, el pobre Birkin parecía más bien divertido. En su opinión, aquello era un truco maravilloso, digno de ser contado a los chicos del pueblo.

Mistress Thatcher, una pobre vieja, demasiado ocupada toda su vida para haber tenido tiempo de desarrollar su inteligencia, se mantuvo obstinada. Le había dicho a Birkin que su huésped estaba en su habitación y ella estaba segura de ello. Suponía que habría bajado sin hacer ruido.

Repentinamente decidí:

—Tenemos que encontrarle. Es enormemente importante.

Pussey salió de su abstracción.

—No tendremos que ir lejos. En un sitio como este, alguien le habrá tenido que ver.

En opinión de Birkin habían corrido las cortinas en cuanto se hizo de noche, y él se había sentado allí entonces con la luz encendida. Eso habría ocurrido hacía una hora. Su explicación me levantó un poco el ánimo.

Tengo que reconocer, si he de hacer justicia a Pussey, que movilizó sus pequeñas fuerzas con rapidez y eficiencia. Mientras tanto, Leo y yo comimos en El Cisne. Era imposible salir de Kepesake, y puesto que míster Hayhoe no tenía coche, parecía seguro que tendríamos noticias de él pronto.

Confieso que me sentía anonadado, y la ayuda que yo podía aportar era casi nula. Como era forastero, no inspiraba confianza a los naturales del país.

Volvimos a The Feathers para interrogar a Whippet, y le encontramos comiendo en compañía de Effie Rowlandson y Bathwick. Leo estaba como aniquilado, y a mí me sorprendió el contemplar aquel extraño trío.

Al interrogarlos con algún rodeo, parecía evidente que no sabían nada de Hayhoe, pero al mismo tiempo tenían tanto aire de conspiradores que si no hubiese estado tan preocupado me hubiera quedado a charlar con ellos.

Alrededor de las once, Leo, Pussey y yo tuvimos una conferencia. Nos sentamos por allí, y Pussey nos planteó la cuestión.

—No tomó el autobús, ni alquiló un coche, y si fue andando por cualquiera de aquellas carreteras, hay que suponer que ande mucho más de prisa que cualquier animal corriente —se detuvo y nos miró—. Y no parece natural que nadie le haya visto. Todo el mundo estaba a la puerta de sus casas, con este tiempo tan bueno, y nadie ha visto nada. ¿Pueden ustedes comprenderlo, a menos que esté por el campo?

Pensé en la cálida oscuridad que nos rodeaba, en los prados cubiertos de hierba, y tuve miedo.

Leo parecía desear que le tranquilizásemos.

—Cada vez se complican más las cosas —dijo—. Es extraordinario. Debe de

haber estado oculto toda la mañana de ayer en casa. ¡Qué extraño!

No sabía qué hacer, si tranquilizarle o, por el contrario, alimentar sus temores, y guardé silencio. Pussey pareció darse cuenta del estado de ánimo de su jefe.

—Bueno, le cogemos de todas formas —dijo—. Ahora que sabemos a quién tenemos que buscar, no le dejaremos marchar. Todo el pueblo está alerta y esta noche no descansaremos. Usted puede volver a la cama, señor. Nosotros nos ocuparemos de ello.

Era lo único aconsejable, pero yo me sentía remiso.

—¿Han inspeccionado la colina? —pregunté.

—Centímetro a centímetro. Allí arriba no hay más que un telescopio. Además, no podía haber subido sin ser visto. Hubiera tenido que pasar por todo el pueblo. No, no, allí no está, a menos que sea un topo.

—Los topos andan bajo tierra —dije, y me sentí enfermo de repente.

Antes de marcharnos dijo algo que ni siquiera me había pasado por la imaginación.

—Esa señorita, si ella pudiera identificarlo...

—Mañana por la mañana —dije rápidamente—. Tendremos que hacer muchas cosas mañana.

—Es verdad, tiene usted razón.

Me estaba metiendo en la cama por primera vez en cuarenta y ocho horas, cuando apareció Pepper con un teléfono y lo colocó al lado de mi cama.

—El doctor Kingston —dijo, mitad reproche, mitad lástima—, a estas horas, señor...

Kingston no solo estaba despierto, sino animado y agresivo.

—Espero no molestar. He estado llamando toda la tarde. Estuve en el pueblo después de comer y encontré a todo el mundo muy agitado. Oí decir que habían encontrado a su hombre. ¿Cree usted que yo podría hacer algo?

—Creo que no —dije, tratando de ser cortés.

—¡Ah, ya! —no parecía contento—. Debo excusarme por ser tan curioso, pero ya sabe lo que son estas cosas. Me he tomado interés. Espero que me dirá si ocurre algo y puedo ser útil.

—Lo haré —dije, pero él no colgó.

—Parece cansado. No se exceda. Hay unos forasteros en The Feathers y el pueblo no sabe a qué atenerse. El individuo en cuestión se llama Greyhound, o algo así.

Le compadecí por llevar una vida tan aburrida.

—Son espías míos —dije.

—¿Cómo? No comprendo...

—Espías. Son míos. Los fui recogiendo por todas partes. Buenas noches.

Me desperté a las seis. Lugg me llamó gruñendo.

—Hayhoe va huyendo de una pandilla de policías que querían detenerle por asesino, pero no creo que vaya a acudir a la cita que tiene con usted; no, por Dios, no

creo.

—De todas maneras iré —dije—. Nunca se sabe.

Se quedó ante mí, desconsolado, con su horrible bata de colores chillones.

—Si quiere, iré con usted —ofreció magnánimo—. No hay nada que me guste tanto como un paseo por el campo. La hierba me refresca los pies.

Le mandé a la cama, me vestí y salí. Hacía una de esas mañanas que prometen un buen día de calor. El cielo estaba muy claro y el césped floreciente.

Pasé por la calle principal del pueblo a hablar unas palabras con el ingenuo Birkin. Me dio algunas noticias, o más bien la sonriente información de que no tenía ninguna que darme.

—Le cogeremos ahora que ha salido el sol —dijo—. Le traeremos a patadas.

Sentí escalofríos, aunque hacía calor.

—Así lo espero —contesté, y seguí mi camino.

Hacía una mañana estupenda para pasear, pero estaba cansado y me metí por los prados de la colina.

El camino era largo hasta la cima, así que cuando llegué a ella me sentí momentáneamente aliviado. Todo era tranquilidad. El telescopio de metal continuaba montado en su trípode. Había polvo en las lentes y las limpié con el pañuelo.

Entonces pude contemplar una vista estupenda del campo que me rodeaba: las salinas, la desembocadura del río, brillante al sol de la mañana; los campos y los prados como pañuelos, el trigo alto y verde y los pastos algo dorados por el calor. Era un condado delicioso.

Aquí y allá aparecían las granjas, y por entre ellas serpenteaban las carreteras como lagos blancos.

Me quedé un rato contemplando la escena. Era todo tan apacible y encantador. No había nada fuera de lugar, nada que rompiese el tranquilo equilibrio.

Y entonces lo vi. A eso de dos kilómetros, en medio de los campos, atisé un grotesco espantapájaros, una criatura hecha para aterrorizar a las ingenuas rocas.

Pero en este caso no era así. En lugar de estar asustadas, las rocas parecían conspirar.

Miré por el telescopio y me sentí casi enfermo y mareado. Habíamos encontrado a míster Hayhoe.

CAPÍTULO 14

EL HOMBRE QUE CONOCÍAN

Tení una herida en el cuello, una herida profunda cerca de la yugular, y no resultaba agradable contemplarlo.

Pussey, Leo y yo permanecemos en pie sobre un trozo de valla rota, mientras el trigo se dejaba mecer por el viento.

Tras las formalidades de rigor, la Policía llevó a Hayhoe al depósito de cadáveres, que está situado detrás de la Comisaría, y allí había ya otra camilla preparada.

Leo estaba pálido y tembloroso, y Pussey, que desde el primer momento quedó muy impresionado, parecía un fantasma.

Cuando nos encontramos solos entre las dos camillas que habían trastornado de modo tan violento la paz de Kepesake, Leo se volvió hacia mí.

—¿Era esto lo que temías? —dijo en tono acusador.

Le miré desfallecido.

—Me pasó por la imaginación que algo así podría ocurrir. Él nos dijo que poseía datos definitivos.

Se pasó la mano por el pelo.

—Pero ¿quién? ¿Quién lo ha hecho? —exclamó con violencia—. ¿No ves que algo horrible está sucediendo, que son los forasteros los que están muriendo? Parece que los campos protegen a su gente. ¡Dios mío!, ¿qué habrá que hacer ahora?

—No mucho —señalé—. Los trigales están bordeados por la carretera, de modo que el asesino no tuvo que andar mucho para quitar de en medio a su víctima, aunque cabía la posibilidad de que fuera descubierto. Había mucha sangre por allí.

Leo evitó mi mirada.

—Ya lo sé —murmuró—, ya lo sé. Pero ¿qué estaba haciendo la víctima en pleno campo con un asesino?

—Puesto que estamos en privado, me gustaría escuchar alguna opinión sobre la herida —dije.

—La tendrás, joven, la tendrás. La mejor del mundo. El profesor Farrington vendrá esta misma mañana a examinar el otro cuerpo. Es horroroso, Campion. Siento no haber podido enviar a nadie ayer, pero no pude encontrar a Farrington y no quería complicar al Home Office en el asunto si podía evitarlo. Esto es todo, aunque, por mi alma, no sé qué es lo que debía de haber hecho.

Cualquier sugerencia útil que hubiera podido hacer la evitó la llegada de Pussey, que traía a Kingston detrás. El doctor estaba nervioso y avergonzado, y mi opinión

sobre él como médico descendió bastante al ver el rápido examen que hizo del cuerpo de Hayhoe. Estaba deseoso de ayudar y temía al mismo tiempo dar una opinión definitiva.

—Nos sé con qué lo ha hecho —dijo por fin—. Creo que con algo fino y afilado, quizá con una daga, una de esas dagas antiguas.

Yo miré a Leo, y a juzgar por la expresión de su cara, estaba pensando en uno de esos puñales de los caballeros medievales. De todas maneras, no me imaginaba a Poppy a altas horas de la noche y en un trigal con una daga; esto me parecía absurdo.

Pussey no parecía encontrar las suposiciones de Kingston satisfactorias y al final se liberó de él, aunque con gran tacto.

—Me parece que lo mejor será dejar todo esto al doctor —murmuró—. Muy inteligente este hombre. Supongo que habrá terminado dentro de media hora o así. No sé qué piensa de nosotros dos en vez de uno —añadió ingenuamente.

Leo se marchó con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada. Le seguimos a la Comisaría, y Pussey hizo todo lo necesario para tomar declaración a todos y hacer las investigaciones concernientes al pasado de míster Hayhoe.

Este trabajo rutinario aburría a Leo.

—Supongo que no deberemos moverlo de aquí hasta que Farringdon llegue. Pero no está bien dejar el cuerpo de la víctima expuesto al sol en este chisme horrible. Es inhumano. Le doy mi palabra, Campion, de que no puedo concebir la clase de mentalidad que cometió estos crímenes; al menos, entre mis amigos, no puedo imaginarlo.

—Tenga en cuenta que aquí hay forasteros —dijo Pussey con intención de consolarle—. Es muy probable que uno de ellos tenga las manos manchadas, pero no se preocupe, señor, lo encontraremos.

Leo se alejó de él y se fue hacia la ventana.

—¡Eh! —exclamó de repente—, ¿quién es ese?

Miré por encima de su hombro y vi un Daimler conducido por un almidonado chófer a la puerta de la casa. Un hombre alto y delgado se bajó de él y se acercó, dudando, hasta la puerta. Un momento después conocíamos a míster Robert Wellington Skinn, socio de la respetable y antigua firma de abogados, cuyo nombre me había dado Kingston.

Era un personaje estirado, y Leo y él sintieron desde el primer momento mutua antipatía, lo cual fue una ventaja, ya que de no haber sido así, la entrevista hubiese durado el doble y hubiera resultado mucho más confusa. Míster Skinn expuso el asunto en el tiempo que, yo creo, se había marcado de antemano como *record*.

—En vista de los acontecimientos, he creído que lo mejor sería venir yo mismo —murmuró—. Les puedo asegurar que un asunto como este es del todo improbable entre nuestros clientes. Recibí sus informes ayer; anoche leí los periódicos, e inmediatamente uní estos dos nombres: Peters y Harris.

Pussey y yo nos miramos.

—¿Entonces los dos hombres se conocían? —pregunté.

Me miró con ciertas dudas, como preguntándose si podía confiar en mí.

—Eran hermanos —dijo—. Míster Harris cambió su nombre; tenía buenas razones para hacerlo, y su nombre es relativamente nuevo para nosotros. Nuestro principal cliente era su hermano mayor, míster Rowland Isidore Peters, que murió aquí en enero.

Después de un momento fue con Leo a examinar el cadáver y volvió un poco descompuesto. Él también se había puesto nervioso.

—Yo tampoco quisiera comprometerme —murmuró—. Vi a míster Peters una sola vez hace doce años, y a míster Harris, en Londres, esta primavera. Esas fueron las únicas ocasiones en que los vi. El..., bueno, el cadáver que acabo de ver se parece, sin duda, a los dos. ¿Podría beber un vaso de agua?

Pussey le instó a ser más exacto.

—Verdaderamente, no veo ningún problema —continuó—. Creo que el cadáver es el de míster Harris. Después de todo, no hay razón para suponer lo contrario, puesto que él mismo se hacía llamar por ese nombre, ¿no es así?

Le dejamos que se tranquilizara, y cuando se encontró mejor le pregunté datos sobre el muerto.

—No podría decirlo con exactitud sin consultar mis libros antes. Sé que míster Harris recibió una suma considerable de su hermano. Esta noche les podré decir la cifra exacta. Desde luego, era una propiedad personal y su seguro, si mal no recuerdo. Entonces todo me pareció estar en orden.

Pussey respiró.

—De todas formas, hemos aclarado su identidad, y eso es importante.

Leo y yo acompañamos al abogado a su coche. El infeliz estaba consternado, pero era agradecido, y antes de marcharse nos prometió darnos detalles exactos sobre el asunto.

—Aquí hay algo que interesa saber —dije cuando subía al coche—. ¿Dónde estaba asegurado míster Peters? ¿Lo sabe usted?

Negó con la cabeza.

—No estoy seguro. Creo que era en la Mutua. Me enteraré.

En cuanto se marchó le sugerí a Leo que mandara a alguien en busca de miss Effie Rowlandson. Pronto tuvimos ante nosotros no solo a la chica, sino también a Bathwick, que estaba sorprendido. El párroco había vuelto a tratarme con la misma cortesía de la noche anterior, y yo estaba seguro de que volvía a ser objeto de su antipatía.

—Esto es un ultraje —dijo—. Exponer así a una joven a que vea estas escenas solo para satisfacer a unos policías incompetentes.

Effie sonrió exhausta.

—Se lo agradezco mucho —dijo—, pero estoy decidida de verdad. Espéreme aquí.

A pesar de las palabras de la joven, él no estaba dispuesto a ceder. Protestó tan violentamente, que me llamó la atención y empecé a pensar qué propósito inconfesable ocultaría.

Al fin, le dejamos en el coche y yo llevé a la chica al depósito. Aunque nunca me había atraído demasiado, en aquella ocasión me maravillaron su dignidad y su presencia de ánimo.

—Sí —dijo cuando retiré la sábana que cubría el cadáver—, es Roly. Yo no estaba enamorada de él, pero siento que haya muerto.

Su voz se debilitó y empezó a llorar. Sin embargo, logró calmarse, y un momento después hizo su declaración.

—Le conocí hace un año. Tenía un piso en Knightsbridge y solíamos salir juntos. Llegamos a estar casi comprometidos, y entonces, míster Campion, usted ya sabe el resto.

Anotamos la historia en un papel y la llevé al coche. Bathwick la estaba esperando en la puerta, y yo creo que adivinó por nuestras caras que había identificado a Harris, porque sin hablarme una palabra la cogió por el brazo y se la llevó corriendo hacia The Feathers.

Lugg le miró.

—¡Qué tipo más extraño! —dijo—. Bueno, y ahora ¿qué han averiguado ustedes?

—Que estamos en un callejón sin salida —contesté sinceramente y me volví hacia Pussey, que planteó sus deducciones de un modo razonable, aunque no muy claro.

—Esto es un caso de despersonalización —comentó—. Se parece a la historia del hermano bueno y del hermano malo. Los llamaremos Harris y Peters, por simplificar. Peters tenía el dinero y a veces Harris solía tomar su personalidad. Bueno, esto no es nada nuevo; Harris se hacía pasar por Peters para que si ella intentaba hacer averiguaciones encontrase que era un hombre de sustancia. En cuanto al procurador, estaba hecho un lío, el pobre. ¿Qué dice usted a esto, señor?

Yo dudaba. No resulta seguro identificar a un hombre después de veinticinco años, y Kingston me había dicho que su paciente se parecía a Harris considerablemente. En conjunto, me sentía inclinado a aceptar la teoría del inspector, con una salvedad; colocar los adjetivos *bueno* y *malo* de los dos hermanos justo al revés.

Se lo dije y no pareció quedar muy satisfecho.

—Es posible —dijo—, pero eso no nos aclara gran cosa. Averiguar quién fue el asesino de ambos es lo que hay que hacer.

Nos quedamos en silencio unos minutos y la llegada del profesor nos cogió por sorpresa. Venía con aires de actividad aquel escocés vigoroso, con tufos de pelo gris y los ojos azules más iluminados que he visto nunca.

—Buenos días, inspector —dijo—. Vaya una cantidad de cuerpos que ha encontrado usted.

Su alegría resultaba desconcertante, pero dudó solo hasta que vio el cadáver del que se hacía llamar Harris. Entonces cambió de humor y se volvió hacia mí con aspecto grave.

—Leo me ha dicho lo que usted había sugerido y me inclino ante su teoría. Esto es algo diabólico, completamente diabólico.

—Entonces, ¿cree usted...? —empecé.

Me recomendó silencio.

—Yo no me atrevería a dar ninguna opinión sin haber hecho antes una disección minuciosa —dijo—, pero no me extrañaría nada que tuviera usted razón, nada.

Me fui al otro extremo de la habitación mientras él se ocupaba de examinar los cadáveres.

—Se lo diré seguro dentro de un día o dos, pero me atrevo a formular una opinión un poco temeraria quizá, y es que este hombre murió un poco antes de haber recibido el golpe en la cabeza.

Le hice una pregunta y asintió con la cabeza.

—¡Ah!, sí —dijo—, era veneno, clorhidrato, según creo. Esto —y señalaba el terrible hoyo del cráneo— es como si fuera el cráneo de un ciego. Mister Campion, usted tenía un enemigo muy listo. Ahora vamos a ver a la otra víctima.

CAPÍTULO 15

LUGG SE DESPIDE

Durante dos días quedamos un poco tranquilos, y Pussey y yo nos dedicamos a hacer colección de cualquier pequeña información que pudiéramos averiguar.

El pueblo entero estaba como encerrado en sí mismo; la gente se iba pronto a la cama, y si alguno se atrevía a merodear por donde se había encontrado el cuerpo de Hayhoe, pronto le echaba de allí el vecindario ultrajado.

Janet adquirió una expresión de violenta tensión, y Whippet mismo estaba más solícito de lo que yo hubiera supuesto. Se solía sentar frente a mí, mirándome en silencio hasta que yo le mandaba a charlar con Janet. La pobre chica era lo suficientemente amable como para soportarle y mostrarse agradable. Hasta Kingston, para quien el mecanismo de la denuncia y la difamación no tenían secretos, me era útil a veces.

La primera información concreta que obtuvimos nos llegó por medio de Skinn, el procurador. Según ella, el Peters que murió en la enfermería de Tethering no tenía nada de pobre y se había asegurado con perspicacia en la Mutua por veinte mil libras, con intención de redondear un asunto que tenía entre manos.

En cuanto a Harris, no averiguamos mucho. Que había alquilado un piso en Knightsbridge a nombre de Peters, pero que nunca fue rico. La dificultad estaba en la confusión actual de identidades: ¿quién era Harris y quién era Peters?

Por fin fui a ver a Leo. Estaba sentado en su gabinete contemplando con tristeza su colección de trofeos, con un lío de papeles sobre la mesa.

—Tenemos diez días por delante, amigo —dijo por fin—. Estas dos investigaciones que se están haciendo nos han dado un poco de respiro, pero eso significa que tenemos que conseguir resultados. Sobre esto hay muchas opiniones, y no me importa decirle que, en general, creen que debíamos haber dado conocimiento a Scotland Yard al principio. Antes parecía todo más fácil, pero ahora no sé adónde vamos a llegar. Lo primero que pienso cada mañana al despertarme es qué es lo que va a traernos el día. Tenemos un asesino en el pueblo y solo Dios sabe dónde va a descargar su golpe la próxima vez.

Se detuvo y, como no contesté, me miró con fijeza.

—Te conozco desde niño y sé que tienes algo en la cabeza —dijo—. Si sabes algo y lo que esperas es tener pruebas, no dudes en decírmelo. Creo que cualquier cosa sería mejor que esta incertidumbre. ¿Le encuentras algún sentido a todo este lío?

Después de haber trabajado con Leo, yo sabía que era el hombre más digno de confianza del mundo, pero de todas formas no quería arriesgarme. Era demasiado peligroso.

—Mire, Leo —dije—. Sé cómo se cometió el primer crimen y creo que sé quién lo hizo, pero no hay pruebas, y sin ellas no se puede hacer nada. Déme dos días más.

Parecía molesto y creí que haciendo uso de su autoridad me iba a forzar a una confidencia, pero se calmó y yo aproveché para hacerle esta pregunta:

—¿Podría usted conseguir una orden de la Home Office para la exhumación del cadáver de R. I. Peters, que fue enterrado en la iglesia de Tethering, en enero?

Su expresión era grave.

—Podría intentarlo —dijo al fin—. Pero, querido amigo, tú sabes que hacer una identificación después de todo este tiempo... —hizo una mueca y extendió la mano hacia mí.

—No sé —insistí—. Hay circunstancias que pueden variar mucho las cosas. Frunció el ceño.

—¿Antimonio? —sugirió.

—No es necesario —dije—. Es cuestión de hacer un lavado, más que nada.

Al final me decidí a hacerlo a mi modo y fui a ver a Kingston.

Estaba en casa, según averigüé por teléfono. Y Lugg y yo fuimos allí. Nos recibió en una horrible habitación de consulta, y parecía francamente contento.

—¡Vaya! Muy desocupado tienen que estar ustedes para haber venido a verme —dijo en tono de reproche—. ¿Quieren beber algo?

—No —contesté—. Esto no es precisamente una visita. Vengo porque necesito ayuda.

Su cara rosada y redonda se llenó de complacencia.

—¿De verdad? Esto es muy halagador. A decir verdad, había empezado a creer algo raro y he estado haciendo averiguaciones por mi parte. Hay un personaje de lo más misterioso en The Feathers. ¿Sabe usted algo de él?

—No mucho —dije pensativamente—. Le conocí hace tiempo, fuimos juntos al colegio, pero no le he visto mucho desde entonces.

—¡Ah...! —mover la cabeza con tono misterioso—. Mistress Tratcher dice que solía venir a ver a Hayhoe todas las semanas. ¿Lo sabía usted?

No lo sabía y se lo agradecí.

—Me informaré —dije—. Mientras tanto, ¿le molestaría acompañarme a la iglesia?

Estaba deseando y salimos de aquella casa, que parecía carecer de servidumbre y estaba muy descuidada. Él lo sabía y me explicó estas deficiencias un poco avergonzado.

—Me arreglo con un hombre del pueblo cuando no tengo pacientes —dijo—. Es un buen hombre, que hace todo lo que le sale. Claro que cuando tengo algún enfermo busco una enfermera y un ama de llaves.

Al pasar por el Lagonda, tan nuevo, se quedó mirando un poco afectado y me dio pena. Parecía sentir una envidia callada, que por otra parte era infantil. Estuvo admirando el motor y la carrocería y aquello le ganó el corazón de Lugg.

Los tres nos sentíamos bien juntos y, como estábamos propicios a la confianza, me apropié del honor que Whippet se había reservado para sí y hablamos del suelo de la iglesia. Era interesante y podía servirnos de algo.

—Sí —dijo—. Está muy seco y duro, o hay algo que conserva los cuerpos, porque el viejo Witton, el sepulturero, me llevó un día a ver algo extraordinario. Había abierto una tumba, que tenía tres años, y aunque la tapa del ataúd estaba estropeada, el cuerpo de la muerta se había conservado perfectamente. ¿Imagina?

—Debe de ser que había perejil —dije—. Muchas veces se encuentra en suelos como ese.

Continuamos hablando un rato del suelo, y de repente me preguntó extrañado:

—¿Una exhumación? ¿De verdad? Eso sería... —se detuvo, y yo creo que iba a decir horrible— algo desacostumbrado —añadió después de una pausa—. Nunca he estado presente en una exhumación. Aquí no suceden esas cosas.

—No puedo prometer nada —protesté—. No hay nada seguro, y, por amor de Dios, no hable de este asunto; en este estado de cosas podría ser peligroso.

—Supongo que será cuestión de identificación —dijo—. Creo que ha tenido usted suerte. Fue un milagro que fuera a morir allí habiendo tantos otros lugares...

—Sí, pero no hable de ello, por lo que más quiera.

—No lo haré —prometió—. Puede usted estar tranquilo, amigo. Además, no tengo nadie con quien hablar.

Nos despedimos después de haber descubierto lo que queríamos saber y él se quedó viéndonos marchar hasta que desaparecimos por detrás de la colina.

Lugg suspiró:

—¡Qué vida tan solitaria! Cuando se tropieza con un hombre así dan ganas de recogerle, ¿verdad?

—Verdad —dije.

Frunció el ceño.

—Se está poniendo usted muy pesado y me estoy cansando. Si yo estuviera en su pellejo no perdería el tiempo contemplando los fuegos fatuos.

—Ya sé que no lo harías.

Se hizo el ofendido y volvimos a casa en silencio.

Al día siguiente, que era el tercero desde que habíamos encontrado a Hayhoe, me desperté con una extraña sensación de que las cosas iban a cambiar, aunque si hubiera sabido cómo, probablemente habría abandonado el asunto.

Todo empezó con el informe del profesor Farringdon. Llegó cuando estaba en la estación con Pussey y me lo comunicó verbalmente.

—Era clorhidrato —dijo—, como supuse. Pero resultó muy difícil de saber cuánto había ingerido antes de morir, así que es imposible saber si el golpe de la

cabeza lo recibió estando ya muerto o si estaba solamente bajo la influencia de la droga.

Pussey y yo conocíamos bien las propiedades del clorhidrato, pero le dejamos que lo explicase todo otra vez.

—Produce un sueño invencible, ¿saben? Por eso es tan diabólicamente útil. Además, nadie se imagina al ver un hombre en ese estado, que está bajo los efectos de un veneno, sino que parece un sueño natural.

Pussey me miró.

—Todo el tiempo que estuvo sentado en aquella silla estuvo esperando el desenlace, incapaz de moverse. Eso debe de ser terrible, míster Campion.

El profesor continuó extendiéndose sobre el caso de míster Hayhoe.

—Era una herida interesante —dijo—. O fue una casualidad enorme, o fue hecha por alguien que no era precisamente tonto. Le atravesó la garganta y debió de morir en el acto.

Continuó describiendo el cuchillo que uso el criminal y hasta nos enseñó la hoja. Pussey no sabía qué hacer con ella, pero aquello estaba de acuerdo con mi teoría.

Los dejé juntos y me fui a ver a Whippet. Ni él ni Effie Rowlandson estaban en The Feathers cuando llegué, pero en seguida llegó él en su coche.

—He estado a la caza de una casa —dijo—. Hay un hotelito en la carretera que me interesa y está vacío. Me gustan las casas vacías. En cuanto sé de una voy a verla.

Le dejé que descargase toda su retahíla, y cuando creí que ya había agotado el asunto le disparé mi pregunta de repente. Si esperaba sorprenderle, me equivoqué.

—¿Hayhoe? —dijo—. ¡Ah!, sí, sí. Había hablado varias veces con él. No era muy simpático. Siempre trataba de molestarme.

—Puede ser, pero ¿de qué hablaban ustedes?

Me miró con sus ojos vagamente azules.

—De historia natural, creo, la mayoría de las veces. De la flora y de la fauna, ya sabe.

En aquel momento me pareció que se abría una puerta más.

—Algunos nacen ciegos —dije amargamente—. Otros se quedan con el tiempo, y hay otros que llevan la ceguera en torno suyo. Los topos pertenecen a la primera categoría, ¿no?

No contestó, pero se quedó quieto mirando por la ventana.

Volví a Highwaters, y allí, algo que no había previsto, algo que nunca me perdonaré, me estaba aguardando.

Lugg se había ido.

Su maleta había desaparecido, y en mí cómoda, debajo de un cenicero, había un billete de Banco de una libra.

CAPÍTULO 16

EL PELO ROJO

A l principio no lo creí. Era una de esas cosas que no me entraban en la cabeza, y por un momento llegué a perder el control sobre mí mismo. Parecía una mujer histérica y Pepper hizo lo que pudo por ayudarme.

—Le llamaron por teléfono, señor —dijo—. No puse mucha atención, pero creo que era de Londres. Lugg cogió el recado y un poco después se marchó con una maleta en la mano.

Eso era todo lo que me podía decir, y la verdad es que no me servía de mucho. Había tenido muchas llamadas y seguramente la telefonista no habría escuchado todas ellas.

Estaba fuera de mí y, por si fuera poco, a cada momento la horrible visión del telescopio aparecía otra vez ante mis ojos.

La búsqueda comenzó inmediatamente.

Leo se portó muy bien y Janet hacía lo que podía por serme útil. Tuve que explicarles lo que aquel billete de banco significaba para mí. No hay muchos criados que dejen una semana de ganancias en lugar de llevárselas, pero Lugg era así. Nadie le había visto por el pueblo y se había desvanecido tan misteriosamente como lo hizo el mismo Hayhoe.

Llamé a Kingston, que escuchó mi historia con verdadero interés.

—Campion, tengo una idea. No sé si usted lo recuerda, pero ayer le dije algo. Usted no pareció hacer mucho caso, pero ahora creo que nos va a ser útil. Iré ahora mismo a verle.

Llegó en menos de veinte minutos, con la cara roja y los ojos brillantes de entusiasmo.

—Ha sido ese Whippet —dijo—. Le he estado vigilando. Ya sé lo que usted piensa..., antiguos compañeros de colegio y todo eso..., pero en realidad usted no le conoce y hay que atenerse a los hechos. Tiene que haber alguien detrás de todo esto.

—Sí, claro —dije impaciente—. Continúe.

Pareció un poco sorprendido de encontrarme tan al corriente de su idea, pero siguió sin detenerse demasiado.

—Hay una casa —dijo—, una casa vacía al final de la carretera. Empezaron a construirla y después lo abandonaron cuando el párroco se enteró de lo que estaba pasando. Habían encontrado allí a Whippet una o dos veces. No es que yo quiera dar una opinión definitiva, pero ¿no cree usted que a Hayhoe le pueden haber matado en

otro sitio que no sea el campo abierto? Este es un sitio muy solitario. Vamos a verlo.

Todo aquello podía ser muy cierto y no quise perder el tiempo discutiendo, así que me adelanté hacia su coche.

—Me temo que tendremos que ir en el suyo —dijo un poco avergonzado—. El mío es muy viejo y el aceite se sale y tendría que limpiarlo antes.

Yo no estaba para esperar, así que montamos en el Lagonda, y él se sentó a mi lado contento, al parecer, de ir tan cómodo.

—Todo derecho a la colina y la primera a la izquierda.

Salimos del pueblo y tomamos la carretera que va a Tethering y sigue hacia Rushberry. Pasamos por una cervecería —El Perro y el Gallo—, y cuando nos íbamos acercando, Kingston me tocó en el brazo.

—Deberíamos entrar a tomar algo. Usted apenas ha dormido, y con todas estas cosas está un poco decaído.

Yo no quería perder tiempo, pero insistió y entramos.

El lugar era feo, viejo y de lo más sucio que he visto. El bar estaba repleto de anuncios, y el único cliente que había cuando entramos era un viejo sin dientes, que estaba sentado en un rincón.

Kingston pidió cerveza. En su opinión, no había nada como eso para dar ánimos, y la tabernera nos llenó los vasos en consecuencia. Kingston interrogó al viejo sobre Lugg. Lo hizo muy bien, empleando el idioma del condado, pero el pobre hombre no nos sirvió de mucho. Era corto de vista y algo sordo, y además no se preocupaba mucho de los forasteros, según nos dijo.

Una vez que tuvimos los grasientos vasos frente a nosotros, Kingston me enseñó la casa que íbamos a examinar. Desde la ventana del bar veíamos su tejado rojo sobresaliendo de entre una masa de follaje, a una distancia de media milla.

—Bueno, sigamos —dije, deseando hacerlo todo lo más rápidamente posible.

Kingston se levantó y vació su vaso.

Al salir tropecé involuntariamente en el vaso de metal del anciano y todo el contenido se vertió, con lo cual invertimos otros cinco minutos en disculparnos y pedir otro vaso para él.

Por un momento me quedé pensando si sería realmente necesario ir a aquella casa, y así se lo dije a Kingston.

—Naturalmente que sí —dijo—. Es muy extraño todo eso de que un forastero se ponga a merodear por una casa vacía.

Subimos al coche y cogí el volante, pero cuándo habíamos andado poco más de un cuarto de milla, encontramos un bache y yo salí despedido del asiento.

—¿Podría usted conducir? —dije con esfuerzo.

Me miró con su cara redonda, en la que vi sorpresa e interés.

—¿Qué le pasa? —dijo—. ¿Está cansado?

—Sí —contesté—. Debe de ser la cerveza. Vaya tan de prisa como pueda. No lo comprendo —dije con palabras entrecortadas—. Estoy terriblemente cansado.

Me di cuenta de la llegada a la casa pintada de blanco, con un garaje en la parte de atrás, y pude ver a Kingston abriendo la puerta, pero ya se me cerraban los ojos y respiraba con dificultad.

Entramos en el estrecho garaje y le oí a Kingston reír. Me pareció que nunca le había oído reír así.

—Bueno, ya estamos aquí, mi inteligente míster Campion —dijo—. Que duerma bien.

Creo que se había puesto unos guantes, pues me apretaba las manos con algo muy suave mientras hablaba y hablaba.

—Carbón monóxido, una muerte fácil —dijo—. Por eso los suicidas lo escogen tan a menudo. Es tan sencillo. No tengo más que dejarle en el coche con la espita abierta y cerrar las puertas del garaje. Después dirán: El neurótico míster Campion ha hecho algo inexplicable otra vez. Suicidio de un distinguido criminalista londinense.

Siguió hablando, y cuando creyó que todo estaba listo se adelantó hacia mí.

—Demasiado inteligente para usted —dijo con un tono de voz extraño. Demasiado.

—No tanto —añadí repentinamente, y me abalancé sobre él.

Yo no había derramado la cerveza de nuestro pobre anciano de la taberna por casualidad. Enseñar a un hombre algo interesante por una ventana mientras se vacía un veneno en su vaso es un pobre truco para perros viejos como yo.

Le cogí por el cuello, y por un momento luchamos fuertemente agarrados. Sin embargo, con lo que yo no había contado era con la fuerza del individuo, porque a primera vista era flácido y sin consistencia, y después uno se daba cuenta de que tenía músculos y peso suficientes. Además, luchaba como un loco fuera de sí, y entonces no tuve ya ninguna duda de que la misma mano que me sostenía agarrado era la que había matado a Hayhoe.

Luchábamos fuera del coche, y él estaba entre la puerta del garaje y yo cuando de un golpe me derribó por el suelo. Entonces vi su mirada, que, si las hay que revelen deseo de sangre, aquella era una de ellas. Estaba a punto de escaparme ya, y en aquel momento algo como unas tenazas me cortó en el cuello. Mi cabeza dio en el mismísimo suelo y sentí la impresión de ir bajando y bajando en un ascensor. Al final todo estaba oscuro.

Me levanté con esfuerzo. Me daba cuenta de que movía los brazos hacia arriba y hacia abajo con un ritmo lento que no podía controlar, intentando respirar.

—Mire, mire, lo hace usted muy bien. Tranquilo, no se excite.

Aquella voz me llegó como en un sueño, y entonces vi un chico muy ridículo con la cara llena de tinta al lado de mi cama en la enfermería. Después el chico desapareció, pero seguía viendo su cara, aunque sin la tinta. Era Whippet. Me estaba haciendo la respiración artificial. Entonces me acordé de todo.

—Lugg —grité—. Por Dios, tenemos que encontrarle.

—Desde luego —la voz de Whippet casi me sonó a inteligente—. Ese tipo es

peligroso, ¿verdad? Dejé a Kingston que se marchara antes de sacarle a usted de allí, no quería tener que ocuparme de los dos a la vez.

Me senté. La cabeza me daba vueltas y no tenía más que un pensamiento claro en ella.

—Vamos —dije—. Tenemos que encontrarle antes que sea demasiado tarde.

Dijo que sí con la cabeza y me sentí lleno de gratitud.

—Hace poco vino un muchacho en bicicleta. Le he mandado al pueblo para que reúna a todo el mundo. Creo que es lo mejor. Tengo mi coche en el prado de enfrente. Vamos lo primero a Tethering, ¿no?

No recuerdo bien el camino a Tethering. Parecía que me iba a estallar la cabeza, tenía la boca seca y no podía liberarme de una pesadilla en la que Lugg estaba sujeto, como un espantapájaros, a una estaca tan alta como la columna de Nelson.

Lo que sí recuerdo es nuestra llegada. Empujamos la puerta de entrada de la casa de Kingston, por no decir barraca, y como no se abría tuvimos que empujar con los hombros. ¡Qué extraña sensación de alivio cuando nos vimos dentro!

Rápidamente subimos al piso de arriba, y como todas las puertas estaban abiertas, menos una, a ella nos dirigimos. No estaba cerrada con llave, pero había alguien dentro que la tenía echada. Le oíamos respirar un poco jadeante. Y entonces, de repente, la llave dio la vuelta. Yo estaba fuera de mí, pero Whippet conservó su sangre fría, me empujó hacia atrás y esperamos.

Al abrirse la puerta vimos una cama, y sobre ella la forma de algo que nos era familiar. No tenía la cara cubierta, y a primera vista su color era natural, pero mirándolo fijamente comprendí que no había soñado. El embozo que rodeaba la cabeza de Lugg estaba tan rojo como si lo hubieran teñido. Entonces comprendí la verdad. El cuerpo de un hombre grueso puede ser muy parecido al de otro del mismo peso una vez que los rasgos faciales han desaparecido, y lo que el tiempo consigue puede conseguirse también por otros medios. Kingston estaba procurándose un cuerpo para la feliz exhumación.

Me abalancé sobre él como una furia. Él me hizo frente, tambaleándose un poco a consecuencia del golpe que le había dado, y ya le tenía sujeto con las manos alrededor de su garganta cuando oímos el ruido de otro coche que se paraba bajo la ventana y la voz de Leo, que subía las escaleras.

CAPÍTULO 17

FINAL TARDÍO

Para meter a Kingston en el coche fueron necesarios tres policías. Cuando apareció ante el tribunal hubo una escena sin precedentes. La defensa hizo constar un caso de demencia, pero fracasó, y yo creo que justamente. Pero eso vendrá después.

Mi única preocupación por el momento era Lugg. Whippet me ayudó hasta que conseguimos un médico del pueblo vecino, que consiguió salvarle, no sin esfuerzo. Clorhidrato otra vez, claro. Kingston no era tan loco para no saber lo que se hacía. No quería hacer heridas que pudieran verse después. En lo que iba a acabar su proceso prefiero no imaginarlo siquiera.

Lugg nos contó su historia en cuanto fue capaz de hacerlo. Era elemental. Kingston había telefoneado a Highwaters para asegurarse de que yo estaba en el pueblo, y entonces preguntó por Lugg. Le hizo ver que le llamaba de mi parte y que había encontrado trabajo para él en la ciudad, pero que antes quería verle en Tethering, donde había descubierto algo. Lugg hizo su maleta y dejó un billete de una libra para Pepper, por si yo no volvía. Cayó en la trampa y se puso en camino.

Al llegar a Tethering le dijeron que esperase en el comedor y le dieron un vaso de cerveza. Se la bebió, con su correspondiente clorhidrato, y afortunadamente no se dio cuenta de nada más.

Kingston le llevó a su casa, y debía de estar acabando de completar la transformación de Lugg cuando llamé por teléfono.

Fue una trampa con todos los honores, y los comentarios que hizo Lugg después prefiero no transcribirlos.

—Usted tiene la culpa —dijo en tono de reproche—. ¿Cómo iba yo a saber lo que iba a pasar con su voy y vengo a cada cinco minutos? Usted le hizo pensar en el asunto de la exhumación, supongo. Pero no pensó en mí para nada, claro.

Me disculpé.

—Da gracias de que estás vivo para contar la aventura.

—Lo estoy. ¿Qué van pensar mis amigos de Londres de todo esto? Vacaciones en el campo, algo así, ¿no cree?

Al llegar a este punto pensé que lo mejor sería dejarle dormir, porque teníamos todavía un montón de cosas que hacer, así que nos pusimos manos a la obra y en veinticuatro horas el caso Kingston quedó terminado.

El día en que tuvo lugar la exhumación, Leo y yo fuimos con Janet a Halt

Knights. Leo estaba todavía bajo los efectos de la terrible ceremonia que había puesto punto final a nuestra cadena de pruebas.

—¡Ladrillos! —dijo—. Ladrillos amarillos envueltos en una manta y cosidos como si fuera un cojín. Verdaderamente, Campion, ese tipo era un impío, además de asesino. No comprendo cómo lo pudo hacer solo.

—No estaba solo —apunté—. Tenía a Peters para ayudarlo, sin decir nada de aquel individuo que trabajaba para él, el hijo del albañil. En el campo, el albañil suele ser también el enterrador, ¿no?

—¡Royle! —Leo estaba furioso—. El joven Royle... Esto explica todo el asunto. ¿De veras cree usted que el chico tenía que ver en ello?

—Sí, aunque muy poco; más bien creo que era el instrumento de que se servía Kingston, También la enfermera debe de haber sido su cómplice, pero a esta nunca la cogeremos. Kingston y ella habían conseguido la partida de defunción entre los dos.

—Esto está terriblemente confuso —interrumpió Janet desde detrás del coche—. ¿Cuántos hermanos eran?

—Ninguno —dije—. El único que cuenta es el inimitable Pig.

Estoy seguro de que Janet me perdonará si digo que no es una chica inteligente. En aquella ocasión se mostraba obtusa.

—Entonces, ¿por qué todo ese jaleo de aparentar que murió en enero?

—Por el seguro, hijita: veinte mil libras... Él y Kingston arreglaron todo. Entre ellos, Pig se inventó un hermano que no existía y requirió la ayuda de un procurador con suficiente reputación como para estampar su sello en la compañía de seguros y lo bastante moribundo como para dejar escapar a Pig con su propósito.

—¡Ah!, ya —dijo Janet convencida, y añadió con esa falta de imaginación tan esencialmente femenina—: Pero ¿por qué le falló?

—Pues por la completa ausencia de honradez de Pig. Una vez conseguido su propósito creyó tener a Kingston en sus manos y se le ocurrió la idea de librarse de él. Le hacía promesas que luego no cumplía, pero lo que no se le ocurrió pensar es a qué clase de tipo tenía enfrente. El doctor es de esos que no pueden soportar que se rían de ellos.

—Es verdad —corroboró Leo.

—Pig empezó a emborracharse como saben. Hay que pensar en la posición de Kingston, que además de haber perdido su participación en los beneficios estaba a merced de su compinche. Claro que Pig no podía dar de lado a Kingston sin descubrirse él, pero un hombre que bebe puede ser una preocupación. Entonces es cuando aparece Hayhoe. Un tío que es un sinvergüenza es capaz de embaucar a un sobrino de la misma calaña, y él se decidió a hacerlo con idea, claro está, de sacar ventaja; hasta llegó a instalar un telescopio en la colina y vigilar así todo lo que sucediera en Highwaters. Entonces fue cuando se le ocurrió todo a Kingston, como en un abrir y cerrar de ojos, y actuó en un impulso, movido por la furia y acuciado por el miedo.

—Menudo individuo —dijo Leo—. Supongo que Hayhoe trataría de vengarse cuando supo la verdad.

—Desde luego, pero no crean que imaginó siquiera que Kingston había matado a Pig. Todo lo que sabía era que existía algún embrollo respecto al primer funeral. Decidió hablar de ello con Kingston y escogieron esa casa de campo, que estaba vacía, para discutir el asunto, y entonces fue cuando el doctor le mató, llevándose el cuerpo después al campo donde le encontramos. Dejó el cuchillo en la herida hasta llegar allí, para evitar de ese modo que saliera demasiada sangre.

Janet se estremeció.

—Nos supo engañar bien. Nunca lo hubiera imaginado.

—Sí, es verdad —corroboró Leo—. Y parecía una persona tan honrada.

—Sabía cómo actuar —dije—. Aquella noche que le encontré en casa de Poppy me vino en seguida con la historia del hermano, previniéndose por adelantado, pero cometió una equivocación al llevarse el cadáver al río cuando dije que lo iba a examinar. Entonces actuó movido por el impulso y no por la inteligencia y, claro, lo estropeó.

—Lo que no debías haber hecho fue meterte en aquella última trampa que te tendió —dijo Janet.

—Mira, chica —contesté, deseoso de defenderme—. Teníamos necesidad de pruebas y él ya había tenido buen cuidado de que desaparecieran todos los rastros. De todas maneras, no creo que me hubiera expuesto tanto de no haber sido por Lugg.

—Pero Gilbert te ayudó mucho, ¿no?

La miré, molesto, y vi que enrojecía.

—Whippet y yo hablamos por teléfono después de haber acordado tener una entrevista con Kingston en Highwaters —admití—. Y claro está que sin él no hubiera sido tan valiente como para exponerme a pasar al otro mundo sin más ni más.

—Entonces, ¿ya sabías lo de Gilbert? —dijo Janet, que se pone muy guapa cuando se ruboriza.

La miré fijamente.

—¿Y tú sabes mucho de eso?

—Un poco —murmuró.

—¡Vaya por Dios!

Leo estaba a punto de pedir una explicación cuando llegamos a Halt Knights. Encontramos a Poppy, Pussey y Whippet esperándonos en el bar, y cuando nos disponíamos a tomar una copa, sentados todos alrededor de la mesa, Poppy se volvió repentinamente hacia mí.

—Estoy segura de que hay algún error, Albert. No quiero parecer descortés y ya sé que es usted muy inteligente; pero ¿cómo pudo el doctor haber matado a Harris o a Peters, como le llama usted, si estaba en esta habitación jugando al póquer con Leo cuando le cayó encima el tiesto? Usted mismo ha dicho que no fue un accidente fortuito.

—Poppy —dije—, ¿se acuerda usted de que Kingston vino a ver a la muchacha por la mañana? ¿Y de que usted le acompañó a su cuarto, al piso de arriba? También recordará que en la mesilla de noche había una jarra con agua y un trozo de hielo, ¿no?

Se quedó pensando.

—No, arriba no había hielo, fue al bajar cuando le serví una copa, después de haberse lavado las manos en el cuarto de baño. Luego volvió a subir para darle a Flossie unas tabletas que se le habían olvidado.

—¡Ah! ¿Y tardó mucho en eso?

—Sí, bastante, me parece, ¿por qué? —dijo mirándome con interés.

—Kingston nos dijo que vio a Harris, alias Pig, en la escalera —empecé diciendo—, pero no era verdad. Pig estaba en su habitación cuando Kingston se deslizó dentro, una vez que se quedó solo, sin sospechar siquiera que había ido demasiado lejos en sus embrollos. Entonces el doctor vio que le había llegado su oportunidad en forma de clorhidrato, puesto que llevaba en la cartera un frasco con ese contenido para casos de necesidad. Le suministró a Pig una dosis excesiva y le recomendó que se fuera a dormir al jardín. Creo que su primera intención fue dejarle morir sin más, pero esto era arriesgado, y la misma posición de la silla en que estaba sentado, justamente debajo de la ventana, le sugirió la idea del tiesto. Con el pretexto de que se le había olvidado dar unas tabletas a la enferma, subió al piso de arriba otra vez, no sin antes haberse provisto de unos pedazos de hielo, de los que había en la bebida que se tomó en el bar. Una vez arriba sacó la maceta de la ranura en que estaba metida y puso el hielo debajo, con el fin de que pudiera resbalar. Después, todo se reducía a esperar.

Poppy estaba pálida.

—¿Hasta que el hielo se derritiera y cayera la maceta? ¡Qué..., qué espanto!

Pussey movió la cabeza.

—¿Y cómo llegó usted a averiguar todo esto?

—El musgo que hay en la ranura estaba mojado cuando subí. Al principio no le di importancia, pero mientras bebía una copa, con hielo dentro, se me ocurrió la idea.

—¡Estupendo! —exclamó Whippet sin malicia ninguna.

Leo se le quedó mirando como si en aquel mismo momento descubriera su existencia.

—Míster Whippet —dijo—, me alegro mucho de verle; pero ¿qué está usted haciendo aquí? ¿Qué tiene que ver con este extraordinario asunto?

Hubo una pausa y todos me miraron a mí, como si yo fuera el responsable de la presencia de Whippet.

—Este señor es Gilbert Whippet, hijo de C. Gilbert Whippet, de la compañía Mutual Ordered Life Endowment, llamada también M. O. L. E.^[3]. Esto no se me ocurrió hasta aquel día en The Feathers, y si no me llegó a dar cuenta no sé lo que hago. Tú has sido siempre un maldito holgazán, Whippet.

Sonrió desmayadamente.

—Siempre he preferido escribir a hablar. Lo siento, Champion, pero al principio no teníamos más que vagas sospechas y yo no podía decir nada directamente, porque bueno, porque en realidad no había nada concreto que decir. Por eso escribí aquellos anónimos.

—Lugg y yo apreciamos mucho tu estilo —dije yo.

—Era el mejor medio de llamarte la atención. Cuando creía que ya lo habías olvidado escribía otra vez —explicó con calma.

—Y tú fuiste el que me envió a Effie, ¿no?

—¡Hum!... Sí, fui yo —agregó.

Poppy, entonces, miró en torno suyo y preguntó:

—¿Dónde está ahora?

Whippet se echó a reír con la risa más auténtica que nunca le oí.

—Con..., con Bathwick —contestó—. Han ido juntos al cine. Muy a propósito, creo yo, y un feliz desenlace y todo eso.

Con aquellas palabras, Whippet se conquistó todos mis respetos.

Al día siguiente Lugg y yo nos marchamos, y Poppy fue a despedirnos con Leo. Era un día maravilloso, con cánticos de pájaros y olor de heno en el aire.

Janet apareció corriendo, con Whippet, a decirnos adiós. Estaba encantadora y tenía los ojos brillantes.

—Danos la enhorabuena, Albert, nos hemos comprometido. ¿Verdad que es maravilloso?

Les di mi bendición, con esa gracia tan mía, y Whippet me guiñó un ojo, diciéndome:

—Estoy en deuda contigo, Champion.

Arrancamos por fin, y durante largo rato fuimos en silencio, yo pensativo, y Lugg, que estaba más calvo que un huevo, muy deprimido. Al llegar a la carretera principal, me dijo:

—Hemos asistido a una bonita representación.

—¿Qué representación? —pregunté.

—¿Le parece bonito? Primero aparece míster Whippet con Effie Rowlandson y luego va y se compromete con miss Janet; no está mal.

—Lugg —dije tristemente—. ¿Te gustaría volver a casa?

FIN DE

“EL CASO DEL DIFUNTO PIG”



MARGERY LOUISE ALLINGHAM (20 de mayo de 1904, Londres - 30 de junio de 1966, Colchester, Essex) fue una escritora de novelas policíacas británica.

Publicó su primer cuento a la edad de ocho años, su primer novela a los diecinueve y su primer novela policíaca a punto de cumplir los veinte. Sus historias acerca del detective ficticio Albert Campion, se volvieron muy populares y novelas como *The tiger in the smoke* (El tigre en la niebla) de 1952 y *The China governess* de 1962, con su fino estilo intelectual y perspicacia psicológica, le granjearon al personaje cierta estimación dentro del género literario serio. Murió a los 62 años debido a un cáncer de mama.

La BBC produjo adaptaciones de ocho de sus novelas a finales de los años ochenta.

Notas

[1] Prologo escrito por Salvador Bordoy Luque para la edición de “Novelas escogidas” de Margery Allingham publicada por la editorial Aguilar en 1963. (*N. del E. D.*) <<

[2] Barrio elegante de Londres. (*N. del T.*) <<

[3] Iniciales que en inglés componen la palabra TOPO. (*N. del T.*) <<